

1863

821.134.2-2 "18"

BM/533

MD



CEU

Universidad  
San Pablo

Biblioteca Universitaria

**VENGANZA CATALANA.**



N. A. 520134

Be: 124.054

# VENGANZA CATALANA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representado en el teatro del Príncipe.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

Diciembre de 1863.

## PERSONAS.

## ACTORES.

MARIA.....	SRAS. D. <sup>a</sup> MATILDE DIEZ.
IRENE.....	D. <sup>a</sup> ADELAIDA ALVAREZ.
CATALINA.....	D. <sup>a</sup> TRINIDAD SABATER.
ROGER DE FLOR....	SRES. D. MANUEL CATALINA.
BERENGUER DE ROU- DOR.....	D. JUAN CATALINA.
GIRCON.....	D. ANTONIO PIZARROSO.
ALEJO.....	D. MANUEL PASTRANA.
MIGUEL PALEÓLOGO.	D. RAFAEL MUÑOZ.
PERICH DE NACLARA.	D. MARIANO FERNANDEZ.

Soldados catalanes, aragoneses y alanos.

---

La accion, en los tres primeros actos, pasa en Andrinópolis, año de 1504: el acto cuarto en la ciudad de Apros.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lirico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa el campamento de los Alanos bajo las murallas de Andrinópolis. En primer término, á la derecha, la tienda de campaña de Gireon, en la que estará este durmiendo. Al foro, vista parcial de la ciudad. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

GIRCON, IRENE y un SOLDADO ALANO con una antorcha encendida.

IRENE. Señor? (Acercándose á Gireon.)

GIRCON. Qué es eso, hija mía?  
ha brillado el resplandor  
de la aurora?

IRENE. No, señor:  
aun debe tardar el día.

GIRCON. Y cómo así, levantada  
tan pronto?... responde, Irene;  
qué extraño pesar te tiene  
del sueño tan apartada?

IRENE. No hay pena que á mí me aflija.

GIRCON. Á qué viniste?

IRENE. Á calmar  
vuestro duelo.

GIRCON. No hay vagar  
para mis dolores, hija.

- IRENE. Á ese tormento profundo  
no hay consuelo que le cuadre?
- GIRCON. Nada, Irene.
- IRENE. No sois padre?
- GIRCON. Nada me queda en el mundo.  
Padre fui: por qué renuevas  
la triste y fatal memoria  
de esa dolorosa historia?
- IRENE. Os traigo agradables nuevas.
- GIRCON. Para mí? no puede ser.  
—Habla: qué es?
- IRENE. Aun no os lo puedo  
asegurar.
- GIRCON. Tienes miedo  
de que me mate el placer?  
Es inútil precaucion:  
tanto el padecer nos muda,  
que se ha trocado sin duda  
en piedra mi corazon.  
—Nada á conmovirme alcanza.
- IRENE. En el corazon mas seco,  
siempre despierta algun eco  
á la voz de la esperanza.
- GIRCON. Acaba, dí; qué noticias  
me traes? qué misterio extraño  
es ese?
- IRENE. Si no me engaño,  
padre, me dareis albricias.  
Esta noche vuestra gente  
ha preso á un hombre.
- GIRCON. Y quién era?
- IRENE. Quién?—Sospechando que fuera,  
segun resistió valiente,  
persona de gran valia,  
trajéronle asegurado.
- GIRCON. Quién es, Irene?
- IRENE. Un soldado  
catalan.
- GIRCON. Algun espia?
- IRENE. Pero en su voz y ademan...  
—Oh! no me engañe el deseo!  
—hallar otra cosa creo

- que el soldado catalan.
- GIRCON. Pues?...
- IRENE. No llorais angustiado  
de un hijo ausente el cariño?
- GIRCON. Qué dices?
- IRENE. Aun era niño  
cuando huyó de vuestro lado.  
Tal vez me cegó un error  
y se engañaron mis ojos:  
quién sabe si en mis antojos  
me le retrató el amor?
- GIRCON. Eso será; mas yo quiero  
averiguarlo.
- IRENE. Si! si!
- GIRCON. Corre al punto, y haz que aqui  
conduzcan al prisionero.  
(Al soldado: este se marcha.)  
Bien dijiste! (Con alegría.)
- IRENE. Qué mudanza!
- GIRCON. Aun en su afliccion mas honda  
no hay alma que no responda  
á la voz de la esperanza.  
—Irene!
- IRENE. Llorais!
- GIRCON. De gozo!  
—Aunque en mi interior repruebo  
el rigor, reñirle debo  
por sus locuras de mozo.  
Y si es que le traje aqui  
mi ventura, al fin veré  
cumplido mi afan.  
(Mirando á Irene con ternura.)
- IRENE. Yo sé  
que desistireis por mí.
- GIRCON. Pues le negarás tu mano?
- IRENE. Y él tambien: os lo prevengo.
- GIRCON. No le amas?
- IRENE. Sí: yo le tengo  
conmigo en lugar de hermano.  
—No sois mi padre?
- GIRCON. Ese nombre  
que en merecete confio,

ya lo sabes, no es el mio.  
IRENE. Y si os dijera: «No hay hombre  
alguno á quien yo dar pueda  
mi amor?»—Pero á qué es el dolo?  
Sí! sí, padre! hay uno solo.  
y el destino me lo veda.

GIRCON. Cuando tu padre postrado  
tras de un combate sangriento  
al dar el último aliento  
te encomendó á mi cuidado,  
con los ojos en mí fijos  
que ya empañaba la muerte,  
gritó: «Enlaza en una suerte  
la suerte de nuestros hijos.»

IRENE. Y os juro que resignada  
con su voluntad cumpliera,  
si únicamente yo fuera  
por esa union desgraciada.

GIRCON. Alejo?...

IRENE. Con invencible  
pasion que sin tregua llora,  
como yo tambien adora  
una esperanza imposible.

GIRCON. Cúmplase vuestro destino,  
Irene! (Después de una pausa.)

IRENE. Padre; yo os dejo.

GIRCON. Tan pronto?

IRENE. Vendrá ya Alejo,  
y que tendreis, imagino,  
mucho que hablarle.

GIRCON. Así es;  
tras una tan larga ausencia...  
pero huyes tú su presencia?

IRENE. Yo? no: le veré despues. (Váse.)

## ESCENA II.

GIRCON: luego ALEJO, y soldados alanos que lo custodian.

GIRCON. Será posible? seis años  
no han cambiado su semblante,  
cielos! no ha podido Irene



por mi desdicha engañarse?  
Pero si fuera verdad!  
si Dios de mí se apiadase  
trayendo al hijo perdido  
á los brazos de su padre!  
—Pero aqui viene.

(Hace una seña á los soldados de que se retiren.)

ALEJO. (Dios mio!  
fuerzas y entereza dadme.)

GIRCON. Acercaos.

ALEJO. (Él es.)

GIRCON. (No hay duda.)

Quién sois, decid, y á qué parte  
caminais?

ALEJO. Ya no os lo han dicho  
los impulsos de la sangre?  
Soy un hombre á quien el odio  
de la fortuna inconstante  
señaló con la ignominia  
del mas vergonzoso ultraje.  
Seis años há que dejando  
el Asia, surqué los mares  
en busca de una venganza  
que Dios no ha querido darme;  
y hoy con el llanto en los ojos  
y el rubor en el semblante,  
vengo á deciros: «Señor,  
»nada logré, perdonadme.»

GIRCON. Alejo! no me he engañado! (Le abraza.)

—Señor! Señor! tus piedades  
permiten á mis desdichas  
este consuelo aunque tarde!  
Padre!

ALEJO.

GIRCON.

Pero dí; qué agravio  
es ese, de que me hablaste?  
quién te ha ofendido?

ALEJO.

Á saberlo  
ya tuvieran fin mis males.

GIRCON.

No te comprendo.

ALEJO.

Esta afrenta  
que sobre entrambos recae,  
y que el sol de nuestra honra

nubla con negros celajes,  
está en nuestros pechos viva,  
y en vano es que se recate,  
que el color de la vergüenza  
sangriento á la cara os sale.

GIRCON. Calla! calla! quién te ha dicho,  
rapaz, que hay en mi linaje  
ni en obra ni en pensamiento  
mancha que deba lavarse?

ALEJO. Quién me lo ha dicho?

GIRCON. Responde.

ALEJO. Permitidme que lo calle,  
vos lo sabeis.

GIRCON. Yo?

ALEJO. Pues bien:  
si lo quereis, escuchadme.

GIRCON. Qué vas á decir?

ALEJO. La historia  
de una mujer miserable  
que deshonró vuestras canas.

GIRCON. Tente, infeliz! no la agravies!  
ha muerto.

ALEJO. Tal vez la mano  
de Dios...

GIRCON. Oh! si!... (Ocultando el rostro.)

ALEJO. Padre! padre!

y yo que la he maldecido  
tantas veces! pobre mártir!  
por qué tú sola ese crimen  
con breve muerte expiaste?  
por qué no ha querido el cielo  
que tu hermano te vengase?

GIRCON. Mas quién, Alejo, te ha dicho  
ese secreto? si sabe  
otro que tú nuestra afrenta...

ALEJO. No: yo os lo aseguro, nadie.  
Ella misma... bien sabia  
cuánto mi amor era grande!  
en lágrimas anegada  
me reveló sus pesares.

GIRCON. Mas no pudiste saber  
de su seductor infame

el nombre?

ALEJO.

No.

GIRCON.

Y es posible  
que ella también lo ignorase!

ALEJO.

Lo sabía.

GIRCON.

Y no lo dijo.

ALEJO.

Solo para amar fué frágil.  
Esclava de su infortunio,  
triste, resignada, amante,  
lloró y expió su culpa  
con la sumisión de un ángel.  
Quejas, amenazas, todo  
lo empleé, mas todo en balde:  
permaneció sorda al ruego,  
muda, insensible al ultraje.  
Iba á herirla... una sonrisa  
cubrió su rostro, inefable,  
y ante aquel valor sublime,  
señor... me sentí cobarde.

GIRCON.

Y entonces...

ALEJO.

Solo me dijo  
que el autor de su desaire  
era soldado y nacido  
en las nieves de los Alpes.  
—Seis años, ya lo sabeis;  
lejos de mi patria, errante,  
al burlador de mi hermana  
he buscado en todas partes.  
Inútilmente! no hallé  
nada que me iluminase  
de este oscuro laberinto  
en la tenebrosa cárcel:  
ni un gesto, ni una palabra!...  
—Y aun sustenta al miserable  
la tierra, y yo no he vertido  
gota por gota su sangre!

GIRCON.

Y cuál es la causa, dime,  
de hallarte con ese traje  
y en tal sitio?

ALEJO.

Soy soldado  
y sirvo á los catalanes.

GIRCON.

Alejo!

ALEJO. Para encontrar desde Sicilia, pasaje, esto fué preciso.

GIRCON. Cielos!

ALEJO. Oculté mi nombre y clase, y á Berenguer de Roudor prestando el pleito homenaje, dejé á Mesina con él en busca de mis hogares.

GIRCON. Y dí; si los que antes fueron amigos, rotas las paces, contra los tuyos un día volvieran sus estandartes, qué hicieras?

ALEJO. Hasta cumplir el jurado vasallaje, dar si es preciso la vida primero que al honor falte.

GIRCON. Y nó sabes tú sin duda que de ese horroroso trance vá llegando por momentos la ocasion inevitable?

ALEJO. Lo he sospechado.

GIRCON. En buen hora; pero sin duda no sabes...

ALEJ. Si, padre mio: ya sé de cuánto serán capaces los griegos; bien los conozco y no es cosa que me espante.

GIRCON. Bien! muy bien. (Tiemblo de oírle!) Y eso es lo que aqui te trae sin duda?

ALEJO. Qué decís?

GIRCON. Digo que á averiguar nuestros planes...

ALEJO. Bueno es eso, porque nada á mi desventura falte!

—Si aqui vine... el corazon no es posible que os engañe!

—Fué por dar á mis desdichas el consuelo de este instante, Por espia me tuvieron;

no es verdad? pues bien! que sacien  
su cólera en mí.

GIRCON. En la tierra  
hay quien se atreva á insultarte!  
—Mas tú te quedas conmigo.  
(Alejo hace con la cabeza un movimiento negativo.)  
No, Alejo: no me disuades.

ALEJO. Soy vasallo...  
GIRCON. Nada importa:  
yo compraré tu rescate.

ALEJO. Os digo que es imposible. (Con resolucion.)

GIRCON. Hay desdicha semejante! (Pausa.)  
Pues bien: libre estás; al campo  
de mis enemigos parte,  
ya que la suerte lo quiere. (Hace que se vá.)

ALEJO. ¿Os vais?

GIRCON. Qué mas pides?

ALEJO. Dadme  
vuestra bendicion.

GIRCON. No, Alejo!

en tanto que esas señales  
de abyeccion y esclavitud  
á mis ojos te disfracen,  
no te conozco por hijo.

ALEJO. Pues bien: apúrese el cáliz.  
Yo sucumbiré á mi suerte  
hasta que de mí se apiade  
ese Dios que así me envia  
dolores para probarme.  
Fuerzas tengo y corazon  
para seguir adelante  
por esta senda de espinas  
que el cielo á mis plantas abre.  
Id con Dios, padre; id con Dios,  
ya que mi amor no os persuade:  
yo os obedeciera, pero...  
la fé del soldado es antes.

GIRCON. Guarda tu fé: vuélvete  
á tu campo; no te tardes.

ALEJO. Y si mañana el clarin  
á batalla nos llamase?

GIRCON. Cumplamos nuestro deber:

lo que vendrá, Dios lo sabe.

(Váse por la derecha.)

### ESCENA III.

ALEJO, solo.

Cuánto la esperanza yerra!  
Con qué placer tan profundo  
pisé, insensato, esta tierra,  
donde para mí se encierra  
cuanto hay hermoso en el mundo!

Y estos, no hay duda; estos son  
los sitios en que solía

ponderarla mi pasión;  
mas qué trocados! María;  
lo está así tu corazón?

Lejos ya de mi presencia,  
has concebido tal vez  
de otro afecto la violencia,  
ó ha resistido á la ausencia  
el amor de la niñez?

Horrible duda! espantosa!  
tú presa en ajenos lazos  
tan cándida, tan hermosa!  
tú, María, de otro esposa  
y bien hallada en sus brazos!

—No! no! apártate de aquí,  
alevoso pensamiento!  
ella abandonarme así  
y olvidar su juramento!  
—Qué fuera entonces de mí!

(Ruido de espadas.)

MARIA. Socorro! (Dentro.)

ALEJO. Cielos!

### ESCENA IV.

ALEJO y CATALINA, por la izquierda.

CATAL.

No habrá  
quien nos ampare?

- ALEJO. Señora...  
CATAL. Venid; en peligro está  
quien vuestro favor implora  
y que sin él morirá.  
ALEJO. Dónde?  
CATAL. Seguidme.  
ALEJO. Yo os fio...  
(Vuelve á oirse por un momento el ruido de armas:  
Catalina retrocede.)  
CATAL. Ay!  
ALEJO. Esperad. (Vése por la izquierda.)  
CATAL. Son alanos,  
que este es su campo. Oh, Dios mio!  
savadla!  
ALEJO. (Dentro.) Soltad, villanos.  
CATAL. No le abandone su brio!  
—Mas qué es esto! ya cesó  
el rumor.

### ESCENA V.

CATALINA, ALEJO, que trae en brazos á Maria.

- ALEJO. Venid.  
CATAL. Qué veo!  
en salvo! el cielo me oyó.  
ALEJO. Alzadla el velo.  
CATAL. Eso no.  
MARIA. ¡Ay!  
CATAL. Me engañó mi deseo?  
respira! Cobrando voy  
aliento.  
MARIA. Favor!  
CATAL. Calmad  
el recelo.  
MARIA. Dónde estoy?  
quién me detiene?  
CATAL. Yo soy.  
MARIA. Tuvieron de mí piedad?  
CATAL. Sin el favor de un soldado  
que á nuestro socorro vino,  
vuestro fin era llegado.

- MARIA. Y es?...
- CATAL. Mirad. (Señalando á Alejo.)
- MARIA. Dios sea loado,  
que os traje por mi camino.  
Acercaos.
- ALEJO. Qué me quereis?
- MARIA. Si ese traje no me engaña,  
sin duda perteneceis  
á los soldados de España  
y con Roger servireis.
- ALEJO. Soldado soy de Roger.
- MARIA. Y para recompensaros  
tal favor, qué habré de hacer?
- ALEJO. Vos!... nada.
- MARIA. Tengo poder.
- ALEJO. Oh! No hay para qué cansaros.
- MARIA. Sois modesto.
- CATAL. (Y aun galan.)
- MARIA. No habeis sufrido reveses  
de la suerte?
- ALEJO. Á qué ese afan?...
- MARIA. En ese bolsillo os dan  
cién escudos genoveses.  
(Alargando un bolsillo á Catalina, que esta ofrece á Alejo.)  
No es paga, que mas virtud  
presumo de vuestro pecho:  
ofrenda es de gratitud.  
Tomad.
- ALEJO. No sé qué sospecho  
de tanta solicitud.  
Mucho os pesa agradecer!  
excusad la recompensa.
- MARIA. Os enojais?
- ALEJO. Puede ser.
- MARIA. Si lo habeis tomado á ofensa,  
yo os quiero satisfacer.  
Perdonad si me engañó  
el traje: os juzgué soldado.
- ALEJO. Quién os dice que mintió?
- MARIA. No sois caballero?
- ALEJO. No:



- es mas humilde mi estado.
- MARIA. Cómo! y siendo tan impia,  
segun decís, vuestra suerte,  
despreciais la oferta mia!  
y por qué?
- ALEJO. Prefiriria  
mil veces antes la muerte.  
Mas si en dar alguna prenda  
al soldado, os empeñais,  
sin que esto favor se entienda,  
sirva á mi herida de venda  
ese lienzo que ahí llevais.
- MARIA. Por salvarme! á tal accion  
tal premio los cielos dan!  
—Dónde?...
- ALEJO. Aquí: siempre aqui son  
(Con la mano en el pecho.)  
mis heridas: todas van  
derechas al corazon.
- MARIA. Mas si peligrosa fuera...
- ALEJO. Por mi desventura es leve.
- MARIA. Recompensaros quisiera,  
no así, mas de otra manera;  
como á vuestra accion se debe.  
Conservad, ya que os agrada,  
ese lienzo.
- ALEJO. Está mi herida  
con harto precio pagada.
- MARIA. No olvidaré que á esa espada  
debí esta noche la vida;  
y si os place alguna vez  
pedir por tan gran servicio  
el premio, sed vos el juez.
- ALEJO. Es muy grande mi altivez  
y pequeño el sacrificio.  
Solo os pediré, si tanto  
puedo yo ser venturoso,  
que descubrais ese encanto  
que avaro me niega el manto  
de tanta dicha celoso.
- MARIA. Mas me pedís que pensais.
- ALEJO. Perdonadme si indiscreto...

- MARIA. Pero si de mí fiais,  
antes de mucho, os prometo  
que cual pedís me veais.
- ALEJO. (Hay tal magia, hay tal poder  
en su voz, que se estremece  
mi corazon de placer.)
- MARIA. Quedaos aqui: ya amanece  
y temo que me han de ver.
- ALEJO. Pero sola?...
- (Haciendo ademán de acompañarla.)
- MARIA. No consiento (Con entereza.)  
que de aqui paiseis.
- ALEJO. Ya enojos?
- MARIA. Ó borrareis desatento  
el alto merecimiento  
que os recomienda á mis ojos.
- ALEJO. Esa razon me reporta;  
mas mirad, por vuestra vida...
- MARIA. No, no, la distancia es corta;  
adios quedad, que me importa  
no ser aqui conocida.
- (Váse por la derecha seguida de Catalina.)

## ESCENA VI.

ALEJO solo.

Extraña mujer! no sé  
qué encanto, qué melodia,  
en esa voz encontré,  
que jurara por mi fé  
que estaba oyendo á Maria.  
Y aunque es hoy la vez primera  
que escucho y hablo á esta dama,  
no sé qué extraña quimera  
toda la razon me altera,  
todo el corazon me inflama.  
Deseo! en vano procuras  
hallar en algun recuerdo  
la causa de estas locuras.  
—Inútilmente me pierdo  
entre vanas conjeturas.

No es ella, ilusion que adoro!  
no es la voz que vertió en paz  
aquí de amor un tesoro,  
con el arrullo sonoro  
de la paloma torcaz:  
es el imperioso acento  
del que subyuga y domina,  
y mientras su influjo siento,  
airado, me dá tormento:  
cariñoso, me fascina.

—Mas ya moviéndose está  
el campo: el deber te llama,  
esclavo! olvídate ya  
de la misteriosa dama,  
como ella te olvidará.

(Váse por la izquierda: empieza á moverse el campo de los masagetas, viéndose cruzar en varias direcciones algunos soldados. Se oye tocar clarines á diferentes distancias. Poco despues salen por la izquierda el Emperador y Gircon, seguidos de una corta comitiva.)

## ESCENA VII.

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCON.

MIGUEL. Roger mueve su campo?

GIRCON. Y arrogante  
con su gente hácia el nuestro se encamina.

MIGUEL. Qué quiere eso decir?

GIRCON. Qué hay que os espante,  
ó qué insensato error os alucina?  
Harto, señor, acreditado habemos  
todo el temor que en nuestros pechos labra,  
y hartos nuestra vergüenza merecemos:  
vergüenza y abyeccion! sí, por mi nombre!

MIGUEL. Mas qué puedo yo hacer?

GIRCON. Una palabra  
decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL. Por qué tanto rigor y por cuál crimen!

GIRCON. Al Asia preguntad: sus moradores  
que vuestros hijos son, pidiendo gimen

venganza de sus nuevos opresores.  
Y vos se la dareis, que aunque no os venza  
del corazon la rabia comprimida,  
os dolerá, señor, nuestra vergüenza.  
Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL. Paciencia y no irriteemos nuestro encono;  
yo lo siento tambien y sufro y callo.  
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCON. No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL. Mas si la voz de la pasion escucha  
y el sentimiento del rencor la vicia,  
quién le asegurará que en esta lucha  
no venza la pasion á la justicia?  
Si con mayor fortuna ó mas denuedo  
venció Roger las bárbaras falanges  
de Amurat y Carcano...

GIRCON. Á Dios pluguiera

que al usado rigor de sus alfanjes  
antes el Asia con baldon cayera.  
Dobla el esclavo con dolor la frente  
cuando tirano azote le castiga;  
pero es mas alevoso, mas se siente,  
señor, el golpe de la mano amiga.  
No es afrenta ceder cuando se agota  
de la mezquina humanidad el brio;  
mas sucumbir vencido sin derrota  
y el látigo besar que nos azota...  
nunca! eso excede al sufrimiento mio!

MIGUEL. No su dura altivez, no sus desmanes  
irritan nuestra cólera: es la gloria  
y el valor de esos fieros catalanes  
que al turco arrebataron su victoria.  
Y qué hicimos los dos? en esa tierra  
que escogieron los cielos irritados  
para campo y despojo de esta guerra,  
cuántas veces probamos la fortuna  
que ante la cruz de Cristo se eclipsara  
el resplandor de la menguante luna?  
Miserable pasion, pero terrible  
es la envidia, Gregorio! y si inflexible  
dentro del corazon se arraiga y crece  
con nuestra propia mengua alimentada,

- punzante flecha en el rigor parece  
del hondo pecho en la mitad clavada.
- GIRCON. En buen hora, señor! envidia sea  
ó justa indignacion, al fuego oculto  
dejad que prenda, y que la Grecia os vea  
satisfaccion tomar de tanto insulto.
- MIGUEL. Algun dia, tal vez...
- GIRCON. El pueblo os ama  
y en la sed de venganza tambien arde.
- MIGUEL. Mas de esa suerte mancillar mi fama!...
- GIRCON. Con mas alto clamor el riesgo os llama,  
y ay, que á atajar el mal no llegueis tarde!
- MIGUEL. Qué temes?
- GIRCON. Aún Roger las afecciones  
de sus antiguos dueños se concilia,  
llevando con descaro en sus pendones  
las armas de Aragon y de Sicilia <sup>1</sup>.  
Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,  
creyendo que es mayor nuestra flaqueza,  
veros de la corona despojado  
para adornar de Jaime la cabeza.
- MIGUEL. No lo puedo creer.
- GIRCON. Y esa corona  
aun no es vuestra, señor; que si ha querido  
Andrónico ensalzar vuestra persona;  
si ya con vos el trono ha compartido,  
aun él es en sus reinos el primero,  
y aceptando ese honor, ha contraido  
árduas obligaciones su heredero.  
(Se oye un clarin.)
- MIGUEL. Silencio!
- GIRCON. Es el clarin que nos avisa  
la marcha de Roger, y ya su gente  
atravesando el Arde se divisa.
- MIGUEL. Aquí su campo asentará: no quiero  
dar ocasion á celos y rencores.
- GIRCON. Se hará como decis.
- MIGUEL. Así lo espero.
- GIRCON. Qué otra cosa mandais?
- MIGUEL. Qué? tus alanos  
en la ciudad se alojarán, y cuenta  
si á su ciego rencor no atas las manos,

y el muro de mi alcázar se ensangrienta.  
GIRCON. Yo sabré refrenarlos.  
MIGUEL. Ni un instante  
tardes.

### ESCENA VIII.

MIGUEL y su comitiva: luego ROGER, BERENGUER y caballeros catalanes y aragoneses.

MIGUEL. Oh, corazón! guarda en tu centro la saña, y que tu cárcel no quebrante revelándose al lívido semblante el oculto volcán que hierve dentro.  
(En este momento se presenta en la escena Roger armado á la ligera y seguido de los personajes arriba indicados.)

Roger? (Adelantándose hácia él.)  
ROGER. Cómo! sois vos!

MIGUEL. Tanto merece quien de mi padre y mi señor honrado, hoy añade á sus timbres de soldado el cesáreo blason que le engrandece.  
—Pero qué significa esta venida sin avisarme?

ROGER. Estando tan cercano no os he debido dar mi despedida? Muy pronto es mi partida contra el fiero enemigo del cristiano. Sorprenderos pensaba.

MIGUEL. Ya lo veo.

ROGER. Pero vos, como siempre bondadoso, habeis anticipado mi deseo interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL. Eso merecen ínclitos varones como vos.

ROGER. Al honrarme de esta suerte, cadena de inflexibles eslabones poneis á mi lealtad.

MIGUEL. Lo sé, Rogerio, y sé tambien que vuestro brazo fuerte columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER. Ensalzais mi humildad.

MIGUEL. Nada podria recompensar valor tan esforzado, si, dueño venturoso de Maria, hoy no os uniera con la sangre mia del parentesco el vínculo sagrado. Vuestra esposa?...

ROGER. Á la córte en este instante se encamina, señor, con mis galeras.

MIGUEL. No quereis reposar? que es la jornada, y mas de noche, larga y escabrosa.

ROGER. No por mí; mas mi gente fatigada viene, y de algun descanso deseosa.

MIGUEL. Perdonadme, Roger, si otro mas digno hospedaje....

(Señalando á las tiendas de campaña.)

ROGER. Pues qué... (Con extrañeza.)

MIGUEL. Vuestros soldados aqui estarán, Roger, aposentados; aunque será por poco.

ROGER. No quisiera que ese favor que la otorgais, benigno, en desaire mi gente convirtiera.

—No permitirla en la ciudad la entrada!

MIGUEL. Quiero evitar desórdenes, Rogerio, y está por mis alanos ocupada: no hay otra causa aqui ni otro misterio.

(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignacion entre los caballeros.)

BERENG. Pues, vive el cielo! la razon extraño!

ROGER. Qué decis, Berenguer?

BERENG. Y de ese modo, mas que atajar de la ciudad el daño, dais ocasion á que se pierda todo.

MIGUEL. Y es un vasallo quien así responde á su señor?

BERENG. El que de fiel blasona nunca á los reyes la verdad esconde.

MIGUEL. Es caballero? (Á Roger.)

ROGER. Y su lealtad le abona.

Berenguer de Roudor, ahora llegado de Cataluña á vuestro imperio, viene

- á ofreceros su espada: es buen soldado.
- MIGUEL. Bien con su patria su altivez conviene.  
—Es catalan?
- ROGER. En los allá nacidos  
se hermanan la franqueza y el aliento.
- BERENG. Somos en el honor poco sufridos,  
y una vez ofendidos  
no callamos verdad ni sentimiento.  
Y postergarnos á tan vil canalla...
- MIGUEL. Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.
- BERENG. Deben ser en el premio los primeros  
los que primeros son en la batalla.  
Si no pusieran en tan cruda guerra  
el catalan y aragonés las manos,  
en cuanto espacio vuestro imperio encierra,  
no hallaran, vive Dios! bastante tierra  
donde fijar el pié, vuestros alanos.

ROGER. Basta!

MIGUEL. Es mi voluntad, y nadie intente  
hacer á mi mandatos resistencia.

ROGER. Id, Berenguer, y repartid la gente:  
nuestro deber primero es la obediencia.

(Berenguer se dirige al fondo y figura dar órdenes á algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo, izquierda, se dirige adonde está Berenguer y le habla.)

## ESCENA IX.

DICHOS y ALEJO.

MIGUEL. Descansad un momento, y á mi lado  
luego entrareis en la ciudad, que quiero  
manifestar al pueblo alborozado  
lo que estimo el valor de tal soldado;  
lo que en mi amor á todos le prefiero.

ROGER. Solo yo? no es posible.

MIGUEL. Cómo?

ROGER. Y lo siento á fé! Dios me es testigo.

MIGUEL. Sois altivo, Roger!

ROGER. Vos inflexible.

MIGUEL. Puesto que convenceros no consigo,



os dejo aquí, pero con pena mía.

ROGER. Adios que os guarde.

MIGUEL. (Si de mí recela?)

ALEJO. (Guarda del tigre la caricia impía!)

ROGER. Plaza al emperador!

BERENG. (Estaré en vela.)

(Roger acompaña al emperador hasta que sale de la escena: luego vuelve á bajar al proscenio.)

## ESCENA X.

DICHOS, menos MIGUEL.

ROGER. Qué tienes? (Á Berenguer, que está pensativo.)

BERENG. La obligacion

es á veces harto dura.

ROGER. Qué hay?

BERENG. Que la gente murmura

y murmura con razon.

Y si la mandan partir

sin paga...

ROGER. Ya la ha ofrecido

Andrónico.

BERENG. Convenido;

pero ofrecer no es cumplir.

ROGER. Pésame que á su codicia

escuchen.

BERENG. Yo no os arguyo:

mas lo que piden es suyo.

ROGER. Ni yo niego su justicia.

BERENG. Si todos fueran como él!

(Señalando á Alejo.)

ROGER. Quién? ah!

BERENG. No le tienta el oro.

Ese mozo es un tesoro:

sufrido, valiente, fiel...

ROGER. Sí.

BERENG. Y aunque tanto merece,

nada pide: cosa rara!

ROGER. Es verdad.

BERENG. Y yo jurara

que es mas de lo que parece.

- ROGER. Lo crees tú?
- BERENG. Si lo creo?  
y esta idea me domina  
desde que le ví en Mesina.
- ALEJO. Señor: hablaros deseo. (Acercándose.)
- ROGER. Es cosa urgente?
- ALEJO. Señor,  
sí lo es: para luego es tarde.
- ROGER. Dí, pues.
- ALEJO. (Corazon cobarde!...)
- ROGER. Habla.
- ALEJO. (Tengamos valor.)  
Quiero partir de esta tierra.
- ROGER. Partir dices? yo no puedo  
consentirlo.
- BERENG. Tienes miedo?
- ALEJO. Si: tengo miedo á esta guerra.  
(Con intencion.)
- BERENG. Imposible.
- ALEJO. Y si es verdad?
- ROGER. Mal á su deber escucha  
el soldado que á la lucha  
vuelve el rostro.
- ALEJO. Perdonad;  
no es el temor á la muerte  
el que me arrastra á ese extremo;  
no, señor! es el supremo  
poder de mi injusta suerte.
- BERENG. Luego en esa decision  
ocultas algun misterio.
- ALEJO. Cierto; y es tanto su imperio  
que avasalla á mi razon.
- ROGER. Pues bien; yo no puedo dar  
ejemplo tan pernicioso:  
mientras que no haya reposo,  
mientras haya que luchar,  
aquí y en cualquiera parte  
donde nos llame el deber,  
todos debemos correr  
detras de nuestro estandarte.
- ALEJO. Perdonad: no se hable mas  
de este asunto. (Ay suerte mia!)

BERENG. Alejo, no lo creeria

de tu condicion, jamás!

ALEJO. Adios, señor. (Váse por la derecha.)

## ESCENA XI.

ROGER, BERENGUER, luego MARIA por el fondo, á la derecha.

BERENG.

Esto es nuevo!

de mi admiracion no salgo.

Cuando digo yo que hay algo

de extraño en este mancebo!

(Aparece Maria en el fondo cubierta con un velo.

Á mayor distancia se ve á Catalina y algunos escuderos.)

ROGER.

Quién viene?

MARIA.

Quien verte ansía

y tu voluntad expresa

atropella.

BERENG.

La princesa!

ROGER.

Déjanos. (Á Berenguer, que se retira.)

## ESCENA XII.

ROGER, MARIA.

ROGER.

Tú aqui, Maria?

Te estoy viendo y no lo creo.

MARIA.

Roger!

ROGER.

Tú, aqui?

MARIA.

No te espante;

que recelosa y amante,

quién resiste á su deseo?

ROGER.

Recelosa tú? de qué?

MARIA.

Abrigan los corazones

mil necias supersticiones;

necias, señor! bien lo sé:

mas quién si perder sospecha

el bien que idolatra ausente

y el intenso dolor siente

de esta envenenada flecha;

quién, dime, conservaria

- con tal recelo la calma,  
y mas si lleva en el alma  
todo el amor que esta mia?
- ROGER. No he dudado yo jamás  
de ese amor que es mi contento;  
mas tú; con qué fundamento  
del mio sospecharás?
- MARIA. Yo? no! si posible fuera  
que yo de tu fé dudara,  
ó la vida me quitara  
ó del pesar me muriera.
- ROGER. Yo no alcanzo á comprenderte:  
qué causa?...
- MARIA. Un vago temor  
es no mas: mira, señor,  
que á traicion no te den muerte!  
Tus enemigos...
- ROGER. En paz  
con todos vivo, Maria.
- MARIA. Ocultan su alevosia  
con engañoso disfraz.  
Entre las varias naciones  
que han ofrecido su espada  
á esta nacion degradada,  
donde ya no hay corazones,  
hay una raza grosera,  
de Europa negro borron,  
que, no sé por qué razon,  
mi primo Miguel tolera.  
Contra esos hombres villanos  
abrigo sospechas graves:  
y estan aqui: ya lo sabes,  
Roger! y son los alanos.  
Desde que pusiste el pie  
en Asia, inquietos parecen...  
No sé por qué te aborrecen,  
esposo.
- ROGER. (Yo sé por qué.)  
Maria! y de eso te admiras?
- MARIA. Tu fama y tu nombre insultan,  
y lo peor es que ocultan  
ó ponen freno á sus iras.



- De qué os servirá el valor  
que noblemente batalla,  
si al desnudaros la malla  
os hiere puñal traidor?  
Y qué vale la osadía  
contra el temerario empeño  
del que acecha vuestro sueño  
y vuestro descanso espía?
- ROGER. No imagines que me asombre  
tu flaqueza: es natural;  
mas lo que en tí no está mal  
fuera vergüenza en un hombre.  
Quieres que me afrente y huya  
de un peligro imaginado?  
quieres que manche el soldado  
su fama, que ya es la tuya?
- MARIA. Eso no; pero si aquí  
peligras, como sospecho,  
ha de hallar antes mi pecho  
el hierro traidor, que á tí.
- ROGER. Venga, pues! no me acobarda  
ya su rigor enemigo.
- MARIA. No? por qué?
- ROGER. Porque conmigo  
está el ángel de mi guarda.
- MARIA. Angel?
- ROGER. Lo eres para mí.
- MARIA. Yo sí que decir pudiera  
que le tengo.
- ROGER. Lisonjera!
- MARIA. No! no lo digo por tí.
- ROGER. Hola!
- MARIA. Te parece mal?
- ROGER. Si es del cielo...
- MARIA. Desvario!
- ROGER. Qué dices?
- MARIA. Que el ángel mio  
es ángel muy terrenal.
- ROGER. Vas á asustarme! algun hombre  
tal vez?
- MARIA. Ya en celos te inflama.—
- ROGER. Tengo razon.—Y se llama?...—

- MARIA. No le pregunté su nombre.  
ROGER. No entiendo...  
MARIA. Si aquí los dos,  
nuestro amor entretenemos,  
á su valor lo debemos.  
ROGER. Es posible!  
MARIA. Si, por Dios!  
pudo el temor de tu suerte  
costarme anoche la vida.  
ROGER. Habla.  
MARIA. Con saña atrevida  
quisieron darme la muerte.  
Sin defensa ya á sus manos  
llegado mi fin juzgué.  
ROGER. Y quién el infame fué?...  
MARIA. Presumo que eran alanos.  
Esgrimiendo los aceros,  
en la oscuridad cercaron  
mi litera, y ahuyentaron  
á mis pajes y escuderos.  
ROGER. Cobardes!  
MARIA. Vas á enojarte?  
qué hiciera su resistencia?  
ROGER. Debieron dar la existencia  
primero que abandonarte.  
—Sigue.  
MARIA. Á pesar de mi afan  
sacábanme de camino,  
cuando en mi socorro vino  
un bizarro catalan.  
ROGER. Algun caballero?  
MARIA. No.  
ROGER. Adalid?  
MARIA. Simple soldado.  
ROGER. Y le habrás recompensado.  
MARIA. Lo quise; mas se enojó.  
ROGER. Son como valientes, rudos.  
MARIA. Á su accion agradecida  
pagarle quise una herida  
con un puñado de escudos.  
—Fué mal hecho: no lo ignoro.  
ROGER. Cuando no se satisfaga,

tendrá razon: no se paga  
tan grande favor con oro.  
Yo haré que le busquen.

MARIA.

Si.

ROGER.

Y como al mas ganancioso,  
deja el cuidado á tu esposo  
de pagar deudas por tí.  
Yo á pagar esta me obligo. (Levantándose.)  
—Vuelve á la ciudad.

MARIA.

No puedo.

ROGER.

Pues qué proyectas?

MARIA.

Me quedo:

ROGER.

me quedo, señor, contigo.

Tú en un palacio nacida  
y á la córte acostumbrada?...

MARIA.

Y qué! no soy aqui amada?

ROGER.

Eso sí! con alma y vida.

MARIA.

Tanto como tú?

ROGER.

Quizás:

tú eres todo mi embeleso.

MARIA.

Pues bien: quiéreme, y con eso  
no temas que pida mas.  
—Qué me falta?

ROGER.

La sombría

grandeza de tu palacio.

MARIA.

Aqui tengo mas espacio.

ROGER.

Y tus doncellas, Maria?

Y quién de tí cuidará?

quién de tu gala, amor mio?

MARIA.

De hermosura y de atavio  
mi afecto me servirá.

—La que aceptó por compañã  
soldado que tanto vale,  
no tiene alcázar que iguale  
á tu tienda de campaña;  
y la que supo seguir  
enamorada, tus huellas,  
no necesita doncellas  
que la sirvan el vestir.

Más que el boato imperial  
estimo yo tu decoro  
y el estrépito sonoro

- de la alborada marcial.  
Mejor que ceñir coronas,  
de tu admiracion, avara,  
las fábulas realizara  
de las fuertes amazonas.
- ROGER. Permíteme que lo extrañe.  
—Osaras tú en la pelea!...
- MARIA. No diré tanto, no sea  
que me engañe y que te engañe.—  
Tímida soy; pero en fin...  
me ha dado miedo hasta ahora  
la guerra, y ya me enamora  
la ardiente voz del clarín.  
Será que como es mi esposo  
guerrero que el mundo admira,  
acaso el amor me inspira  
su espíritu valeroso:  
será que en altos reclamos  
tu ejemplo me da consejos.  
—Nosotras somos reflejos  
del hombre á quien adoramos.

### ESCENA XIII.

DICHOS y BERENGUER con un pergamino.

- MARIA. Quién es?...
- ROGER. Mi amigo mas fiel.
- BERENG. Un mensajero ha venido  
huscándoos, y esto ha traído  
del emperador Miguel.
- ROGER. Á los hidalgos dá entrada  
(Despues de leer rápidamente.)  
en la ciudad.
- BERENG. (Al fin cede.)
- ROGER. Y mas tarde, cuando quede  
de alanos desocupada,  
mañana tal vez, serán  
en su interior alojados  
adalides y soldados.
- BERENG. (No sé si se alegrarán.)  
Tambien, como vuestro porte (Á Maria.)  
pide, y elevada esfera,



os envía una litera  
con séquito de la corte.  
ROGER. Anunciadlo al campamento  
y que cada cual se apronte  
á seguirnos.—Tú disponte  
para partir al momento.  
(Váse Maria. Berenguer se dirige al campamento.)

#### ESCENA XIV.

ROGER, y un instante despues ALEJO.

ROGER. Dios quiera que me reporte  
de Gircon en la presencia.  
ALEJO. Señor! es cierto? hay licencia  
y entramos hoy en la corte?  
ROGER. Los hidalgos nada mas.  
ALEJO. Y á mí la excepcion no alcanza?  
ROGER. Tú eres mi paje de lanza:  
desde hoy á mi lado estás.  
ALEJO. Gracias, señor! (Váse Roger.)

#### ESCENA XV.

ALEJO, luego IRENE.

ALEJO. Qué aprehension  
quimérica es esta mia?  
si á ver vamos á Maria,  
de qué tiemblas, corazon?  
IRENE. Aun la recuerdas?  
ALEJO. Tú eres,  
hermana mia?  
IRENE. Por qué  
tanto has tardado?  
ALEJO. Lo sé  
yo mismo?—Dime...  
IRENE. Qué quieres?  
ALEJO. Escucha!—Temblando estoy!  
decirlo quiero y no puedo.  
IRENE. Qué te altera?  
ALEJO. Tengo miedo

de lo que á decirte voy.  
—Vive?

IRENE. Vive.

ALEJO. Cielo santo!  
yo tu clemencia bendigo.  
—Dime; y fiel para conmigo?...

IRENE. No puedo decirte tanto.

ALEJO. Explicate y mi tormento  
no aumentes, hermana mia!

IRENE. Solo sé que llegó un dia  
en que abandonó el convento.  
Entonces perdí su huella.

ALEJO. Y has vuelto á hallarla?

IRENE. No ha mucho.

ALEJO. Habla: no ves que te escucho?

IRENE. Segura estoy de que es ella.

ALEJO. Está aquí?

IRENE. Si.

ALEJO. Tan donosa  
como en la risueña edad  
de la infancia; no es verdad?

IRENE. No, Alejo.

ALEJO. No!

IRENE. Aun mas hermosa.

ALEJO. Y qué sabes?...

IRENE. Nada sé,  
Alejo; pero en seis años  
cabén tantos desengaños!

ALEJO. Oh! no!

IRENE. Me encanta esa fé!

ALEJO. Yo en su inocencia confio.

IRENE. Y por qué no has de dudar?

ALEJO. Y por qué no he de juzgar  
su corazon por el mio?

Si del tiempo y la distancia  
triunfó mi amante porfia,  
no puede abrigar Maria  
la misma noble constancia?

IRENE. Vive en esa fé.

ALEJO. Me aterra

tu calma! Dí...

IRENE. Pobre hermano!

- ALEJO. Di; qué misterioso arcano  
en tus palabras se encierra?
- IRENE. Has dado en terrible empeño!
- ALEJO. Oh! si tú como yo amaras!...
- IRENE. Yo amar!
- ALEJO. Si á tu bien miraras  
en poder de ajeno dueño!
- IRENE. Nunca he llorado esas penas.
- ALEJO. Dichosa tú, Irene mía!
- IRENE. Y á sentir las, rompería  
con mi vida mis cadenas,  
ó asiéndome á mi esperanza  
con vigorosa intension,  
sublimara mi pasión  
en alas de mi venganza.
- ALEJO. Un desden se ha de vengar?
- IRENE. Quien sufre y calla, no siente  
su agravio: dile que miente  
si dice que sabe amar.
- ALEJO. No sé, Irene, lo que haría  
en tal caso: no lo sé;  
mas dónde se halla... qué haré  
para encontrar á María?
- IRENE. Alégrate: ese deseo  
no te pide mucho espacio.  
Búscala...
- ALEJO. Dónde?
- IRENE. En palacio.
- ALEJO. Luego es noble.
- IRENE. Así lo creo.
- ALEJO. Sin duda...
- IRENE. Y cuando eso arguya  
en ella cuna y riqueza;  
qué importa si es tu nobleza  
tan limpia como la suya?
- ALEJO. Gracias! gracias!
- IRENE. El color  
vas perdiendo.
- ALEJO. No es extraño: \*  
á un tiempo me has hecho daño  
con un placer y un dolor.
- IRENE. Tiembblas?

ALEJO. De pensar que presto  
voy á verla.

IRENE. Estás herido!

ALEJO. Calla! (Desmayándose.)

IRENE. Se ha desvanecido!

(Arrodillándose junto á él y desabrochándole el pecho.)

respira... pero qué es esto?

un lienzo... rico! ademas  
tiene un blason estampado...

—No sueño? se han encontrado!

fortuna! no pidas mas!

Oh! que hay momentos supremos

de irresistible alegría!

(En este momento cruza el teatro dirigiéndose al fondo la litera cerrada en que se figura que va Maria, seguida de caballeros y cortesanos. Irene se incorpora exclamando.)

—Adios, princesa Maria!

te juro que nos veremos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio imperial en Andrinópolis. Puertas á la izquierda y al fondo. Ventana á la derecha.

### ESCENA PRIMERA.

ALEJO en la escena: BERENGUER, que viene por el fondo.

BERENG. Y el César?

ALEJO. Al aposento  
del emperador pasó  
ya ha tiempo...

BERENG. Y no ha vuelto?

ALEJO. No:  
esperadle aqui un momento.

BERENG. Y un año le esperaria.

ALEJO. Pues?...

BERENG. Ha venido un soldado  
del campo.

ALEJO. Y qué?

BERENG. Le ha enviado  
aqui la almogavaria.

ALEJO. Y qué quiere? aunque sospecho...

BERENG. La gente no está contenta,  
y siente con esta afrenta  
hervir la sangre en el pecho.

ESCENA II.

DICHOS y ROGER. Los capitanes aragoneses y catalanes empiezan á aparecer en la puerta del fondo, y llenan poco á poco la escena.

ROGER. Qué es eso?

BERENG. Que los apuros  
crecen: furiosa la gente  
porque no se la consiente  
atravesar estos muros,  
soporta mal su desaire.

ROGER. Se atreverán por ventura?...

BERENG. Está la atmósfera oscura  
y huele á tormenta el aire.

ROGER. Vive Dios, si algun osado...

BERENG. Malo es que tengan razon.  
—Ha de ser todo opresion  
para el mísero soldado?

ROGER. Tienen razon?

BERENG. Cosa clara.  
—Aqui os envian un hombre  
para hablaros en su nombre.

ROGER. Quién es?

BERENG. Perich \* de Naclara.

ROGER. Á mí no me asustan fieros;  
pero antes de recibir  
el mensaje, quiero oir  
vuestra opinion, caballeros.

BERENG. Ateneos á mis informes  
en lo que toca á ese asunto.

ROGER. Por qué?

BERENG. Porque en este punto  
estamos todos conformes.

ROGER. Hay algun noble agraviado  
entre los presentes?

BERENG. No.

ROGER. En ese caso...

BERENG. Es que yo

---

\* Léase Peric.

me quejo por el soldado.  
Él es aquí el brazo fuerte,  
—no me quiteis que le alabe!  
—y ninguno mejor sabe  
dar y recibir la muerte.  
Á pie, con males prolijos,  
hambriento y de cualquier modo,  
sabe lidiar.—Sobre todo,  
mis soldados son mis hijos.

ROGER. También los míos.

BERENG. Y rabio  
cuando alguno los insulta.  
—César! á nadie se oculta  
y á todos toca el agravio.  
Si! tras de pagar su fiel  
conducta, con mano avara,  
les ha azotado la cara  
el emperador Miguel.

ROGER. Pues yo presumo, y quizás  
mas que nadie el hecho siento,  
que no ha tenido ese intento:  
que hay un error y no mas.

BERENG. Mas si persiste en su error...

ROGER. Qué haremos?

BERENG. La cosa es llana:  
arrojar por la ventana  
palacio y emperador.

ROGER. Berenguer!

BERENG. Á tanto ultraje  
que ni al soldado se esconde;  
yo sé cómo se responde;  
rompiéndole el homenaje.

ROGER. Y qué mas?

BERENG. Con vuestra vénia,  
os diré lo que yo haria:  
conquistar la Romania  
y la Natolia y la Armenia,  
y agitando de Aragon  
el generoso estandarte,  
volver la vista á otra parte  
que ya os dice el corazon.

ROGER. Calla, Berenguer! desbarras.

BERENG. Á esa region española  
donde don Jaime tremola  
las cinco sangrientas barras.  
Y ese! y ese es nuestro rey  
natural, bravo, clemente,  
bizarro, y sobre valiente,  
honrado que guarda ley!  
—Yo le diria: «Aquí estamos!  
toda esta tierra traidora  
nos insultó; pero ahora  
somos nosotros los amos.  
Si tierras ganais ahí,  
nosotros, sin darnos treguas,  
conquistamos ya mas leguas  
que españoles hay aquí.  
El pie de nuestros caballos  
remachó su cautiverio:  
ahí os damos un imperio  
con millones de vasallos.

(Muestras de aprobacion en los capitanes.)

ROGER. Has acabado?

BERENG. Conmigo  
no jugara.

ROGER. Eres mancebo.

BERENG. Lo mejor es que me atrevo  
á hacerlo como lo digo.

ROGER. No tengo que preguntar  
vuestra opinion, pues ya veo  
que halaga vuestro deseo  
proyecto tan singular:  
y á haber causa, no quedara  
en ilusiones por mí.

—Entre ese soldado.

BERENG. Aquí  
le teneis ya.

### ESCENA III.

DICHOS y PERICH DE NACLARA.

ROGER. Di, Naclara.

NACL. Pues... hablando con respeto,  
os advierto que la gente



ha dias que anda impaciente,  
y murmura... y no en secreto.  
Todos se llaman á engaño,  
y ya con cierto descoco  
dicen que el provecho es poco  
aquí donde es mucho el daño.  
Que esta guerra es tan cruel,  
señor, tras de no ser breve,  
que no hay hombre que no lleve  
como reliquia la piel.

Mas de esto, como soldados  
que son, nadie se lamenta:  
todos se han hecho la cuenta  
de morir acuchillados;  
pero es terrible pensión  
la de este negro ejercicio,  
y bien merece el oficio  
alguna compensasion.

ROGER.

Y la gloria, dí?

NACL.

La gloria  
acompañará á los nombres  
que han de quedar de los hombres  
guardados en la memoria;  
mas para un pobre cualquiera  
que sangre y vida aventura  
y tendrá por sepultura  
lejana tierra extranjera;  
que su patria desampara  
por... no sé qué!—Me confundo!  
Qué sabrá mañana el mundo  
si hubo un Perich de Naclara?

ROGER.

Qué pedis?

NACL.

Necesidad  
al par que orgullo, nos mueve:  
dennos lo que se nos debe  
y entremos en la ciudad.

ROGER.

Sois impacientes y osados:  
ya otra vez cuanto os debia  
pagó Miguel.

NACL.

Si, á fé mia!  
con escudos cercenados.  
Les falta de su valor

- mas de un tercio: así nos dan tan caro el mísero pan, y el vino, que es lo peor.
- ROGER. De mi afecto sois testigos. Qué puedo hacer?
- NACL. Yo diría á Miguel el mejor día: «Dejamos de ser amigos.»
- ROGER. Aunque os pagara?
- NACL. Tambien: y pues la puerta nos cierra de la ciudad, haya guerra: porque he oido no sé á quién, pero soldado, decir que en la escuela militar, la muralla es para entrar, la puerta para salir: y pues Miguel se concierta con esa infame canalla, entremos por la muralla y echémosle por la puerta.
- ROGER. Y no sabes que la muerte puede costarte el consejo?
- NACL. Por eso en el campo dejo tantos que envidian mi suerte.
- ROGER. De condicion poco mansa eres.
- NACL. Tengo aborrecida con estas cosas la vida: pues! y el que muere, descansa.
- BERENG. Ya lo veis. (Ap. á Roger.)
- ROGER. Cómo has venido aquí? por tu voluntad?
- NACL. Si, señor; mas la verdad, los otros me han elegido.
- ROGER. Eso te valga.
- NACL. Corriente. (Con indiferencia.)
- ROGER. Pero otra vez, sin remedio, te descuartizo. (No hay medio de poder con esta gente.)
- NACL. Qué respondo?...
- ROGER. Les dirás

- que enfrenen su orgullo loco.
- NACL. No mas?
- ROGER. No mas.
- NACL. Es bien poco;  
pero... puesto que no hay mas...  
(Hace que se vá.)
- ROGER. Y si esa audacia, de nuevo  
á usar volvieren conmigo,  
no quedará sin castigo.
- NACL. Mala respuesta les llevo. (Váse.)

#### ESCENA IV.

DICHOS, menos NACLARA.

- ROGER. Señores! con amargura  
vuestra conducta contemplo.  
Demos al soldado ejemplo  
de abnegacion, de cordura.  
Hablabamos á Miguel,  
y vereis que os satisface  
la queja.
- BERENG. Y si no lo hace?
- ROGER. Si no... rompemos con él.
- BERENG. Bravo! y será lo mejor:  
pero entre tanto...
- ROGER. Entre tanto,  
silencio!
- BERENG. Si me atraganto  
callando!
- ROGER. El emperador!

#### ESCENA V.

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

- ROGER. Vos aqui? (Adelantándose á recibirle.)
- MIGUEL. Qué lo extrañas, si te cuento  
entre los míos? el deber lo ordena.
- ROGER. Vos, señor, visitando mi aposento!  
á mi cuello poneis nueva cadena.
- MIGUEL. Pero qué es lo que pasa, capitanes?  
por qué el ceñudo rostro? qué os sucede?
- ROGER. La vida militar todo es afanes.

- MIGUEL. Puede saberse lo que fué?  
ROGER. Sí puede.  
Traidor seré si la verdad oculto.  
De lo que hicisteis hoy, con amargura,  
con bullicioso ardor, casi en tumulto  
mi ejército murmura.
- MIGUEL. Siempre vuestros soldados los autores  
son en mi imperio de insolencias tales.
- ROGER. Son fieles servidores  
aunque altivos, señor.
- MIGUEL. Son desleales.
- BERENG. Tan buenos como yo! tal vez mejores.
- MIGUEL. Buenos! dígalo el grito rencoroso  
que sin cesar resuena  
en mi imperio infeliz: ese impetuoso  
rigor, que nada á contener alcanza;  
esa soberbia, indómita pujanza  
que vuestra propia autoridad no enfrena,  
quereis que yo como virtud proclame?  
que á ese ejército inquieto y turbulento  
humille la cerviz? yo no me siento  
capaz de sacrificio tan infame.
- ROGER. Niño era aún, señor, de edad temprana,  
cuando ceñido el cingulo guerrero,  
á la defensa de la fé cristiana  
corrí anhelante y desnudé este acero.  
Veinte años de fatigas  
en que abatió mi brazo venturoso  
por haces las banderas enemigas,  
responden del soldado  
que nunca vió su nombre generoso  
con dudas ultrajado.  
Decid, señor: y el hombre  
que así el esmalte puro  
conserva de su honor y de su nombre,  
podrá mancharle aquí? no! yo os lo juro!  
la pasión os engaña,  
y yo nunca mi fama asociaría  
á gentes sin honor.
- BERENG. Eso, seguro!  
Pardiez! y fuera novedad extraña  
contra el mejor blason de sus mayores,

- que aqui los hijos de la noble España  
se echaran el borron de los traidores.
- ROGER. Fadrique de Sicilia es buen testigo  
de su lealtad, señor, cuando en Mesina,  
en Génova y Provenza, con sus brazos  
del francés enemigo  
hicieron los ejércitos pedazos.  
Él, noble rey! os contará en su abono  
hazañas infinitas de esa gente,  
fiera como decís, loca, insolente,  
que á vuestro padre aseguró en su trono.
- MIGUEL. \* «El trono de mi padre? por ventura  
»presume tanto vuestro orgullo loco?  
»el trono de mi padre se asegura  
»en la lealtad de Grecia y su bravura,  
»y en este brazo que aun tenéis en poco.
- ROGER. »Bien dije yo, señor: por qué misterio  
»del turco las banderas desplegadas  
»pudieron una vez de vuestro imperio  
»con su sombra cubrir treinta jornadas?  
»es que os bastaba vuestra fuerza sola!  
»treinta jornadas, si, toda la tierra  
»del Asia, que hoy nuestro pendon tremola,  
»y donde ayer con poderoso brio  
»derramaba el infiel clamando guerra  
»cristiana sangre en abundante rio.  
»Constantinopla os contará su afrenta,  
»que despues de cien ásperas batallas,  
»vió de Amurat la hueste turbulenta  
»con la espada sangrienta  
»amenazar sus débiles murallas.  
»Y, ay de vosotros, si la mar tendiendo  
»de sus aguas el dique poderoso  
»no encadenara el ímpetu furioso  
»de los hijos de Agar! pronto venciendo  
»el reducido espacio  
»con el fragor del huracan que zumba,  
»vuestro imperial palacio

---

\* Todos los versos que van entrecorados en esta escena,  
se suprimen para la representacion.

- »de la griega altivez hoy fuera tumba.»
- MIGUEL. Eso es cierto, Roger, y yo confieso  
que flacas nuestras manos  
mal soportaban de la guerra el peso.  
Vanamente al ardor de los alanos  
y griegos acudí, que la memoria  
de cien desastres abatió su brio:  
vuestra ha sido la gloria,  
el triunfo, vuestro, y el desdoro, mio!  
Pero decid, si los que amigos fueron  
á esta guerra llamados  
y á nuestro lado á combatir vinieron,  
con destructora saña  
y mas que los infieles despiadados  
nos hacen una afrenta á cada hazaña;  
no es preferible nuestra antigua suerte  
á la ignominia de que aqui nos venza  
mas que el hierro enemigo la vergüenza?  
es mejor la deshonra que la muerte?
- ROGER. Doloroso ejercicio  
el de las armas es; y todo gime,  
todo tiembla en la tierra,  
donde la impia guerra  
su dura planta imprime.  
No hay mal que en pos no lleve,  
ni crimen, ni dolor, ni sacrificio;  
mas quién su furia á contener se atreve?  
Leyes dictad al huracan furioso  
cuando sus iras con fragor desata,  
y enfrenad el impulso vigoroso  
del turbulento mar: solo la mano  
del Hacedor, ante quien todo cede  
y el ímpetu les presta, sobrehumano,  
á sus preceptos sujetarlos puede.
- MIGUEL. Pues bien: yo os juro aquí por mi corona  
que he de ver para ejemplo de otros reyes,  
si á ese mar que de indómito blasona,  
si á ese huracan que destruccion pregona  
puedo yo como Dios imponer leyes.
- ROGER. Su imagen en la tierra  
sois.
- MIGUEL. Mas dudais de mi poder.

- ROGER. No dudo:  
temo, sí, que encendais con nueva guerra  
todo el furor del huracan sañudo.  
De tanta hazaña en pago,  
qué habeis dado á ese ejército valiente?  
desprecio y nada mas: el ceño adusto  
que se retrata siempre en vuestra frente,  
para nosotros es perpétuo amago.  
Creedme, señor; sed justo  
y acabará el estrago.
- MIGUEL. Qué quieren, pues, de mí?
- BERENG. Qué quieren? todo  
lo que ofrecido fué.
- MIGUEL. Falté yo en nada?
- BERENG. Tres meses há, y con esto ya se alteran,  
mis pobres almogávares esperan  
su mezquina soldada.
- ROGER. No les tienta del oro la codicia.
- BERENG. Pero el pan se les niega, y altanero,  
vuestro pueblo, no sé si con justicia,  
se niega á recibir vuestro dinero.
- MIGUEL. Es posible?
- BERENG. Los griegos obstinados  
y los aragoneses testarudos!...  
—Ó han de morirse de hambre mis soldados  
ó hay que cambiar á palos los escudos.  
Aquí siempre es cuaresma, y os advierto  
que sin comer no hay hombre: esto es cor-  
valientes son mis españoles, cierto; [riente  
pero el hambre, señor, es mas valiente.
- MIGUEL. No quiero que de ingrato  
se me acuse jamás, ni de que pude  
dar ocasion á tanto desacato;  
y porque nadie dude  
que oir la voz de la razon deseo,  
aunque por ello falte á mi decoro,  
he de apurar hoy mismo mi tesoro  
y quedarán pagados.
- BERENG. (No te creo )
- ROGER. Fuerza será si os duele su pobreza  
y atar quereis las rigurosas manos  
á su ardiente valor.

- BERENG. Pero aun no basta  
si con su ley vuestro desden contrasta:  
si con público alarde, en mengua nuestra,  
del amor que os merecen los alanos  
haceis, señor, tan repetida muestra.
- MIGUEL. Vasallos todos son.
- BERENG. Pero no hermanos.
- MIGUEL. Y si os prometo que entrarán mañana  
en la ciudad?
- ROGER. Les ganareis con eso:  
mostradles vuestra gracia soberana.
- MIGUEL. Mas si se atreven al menor exceso...
- ROGER. No osarán.
- MIGUEL. De ese modo,  
yo aseguro que puede vuestra gente  
de mí esperar cuanto le plazca: todo  
menos mi humillacion.
- BERENG. Eso es corriente.
- MIGUEL. Hoy os daré mis órdenes. (Retirándose.)
- ROGER. Y espero  
que no os ha de pesar: en la promesa  
del soldado fiad: del caballero.
- MIGUEL. Lo sé, Roger: adios, y en vos confio.  
(Dirigiéndose á la puerta del fondo. Roger le acom-  
paña.)
- ROGER. Adios, señor.  
(Se vá el Emperador: los caballeros se retiran un  
momento despues.)
- BERENG. (Á Alejo.) Por Cristo, que me pesa,  
que haya acabado así: yo no me fio.

## ESCENA VI.

ROGER, BERENGUER y ALEJO: este á la puerta del fondo.

ROGER. No, Berenguer: tambien yo  
de su lealtad sospeché;  
pero estoy desengañado.

BERENG. Quiera Dios que lo acerteis.

ROGER. No lo dudes; cómo puede  
tanta bajeza caber  
en el corazon de un hombre?



- BERENG. En ese punto, os diré.  
Vos, señor, como criado  
desde la inquieta niñez  
de los mares procelosos  
en el continuo vaiven,  
no habeis tenido ocasion  
de estudiar, de conocer  
á este animal que llamamos  
racional... no sé por qué.  
Ni el ave que el aire cruza,  
ni de las aguas el pez,  
ni la fiera de los bosques  
le igualan en lo cruel:  
y si es cobarde, peor,  
que entonces son de temer  
las armas de su perfidia,  
que hieren y no se ven.
- ROGER. Es decir que tú presumes  
que el emperador Miguel...
- BERENG. Es cobarde.
- ROGER. Y por lo tanto...
- BERENG. Temible: todo es doblez.
- ROGER. Pues yo, imposible es que pueda  
tanta infamia comprender:  
déjame que las ignore  
aunque mil muertes me den.
- BERENG. Malhaya la confianza  
que á pícaros guarda ley,  
y busca seguridades  
donde no hay honra ni fé.  
Y sufrir tanto desaire!
- ROGER. Vuelta á la tema otra vez!
- BERENG. Cuando hay motivo...
- ROGER. Te engañas.
- BERENG. Que muerte un traidor me dé...  
—Donde estan mis catalanes  
y aragoneses, pardiez!  
ningun soldado del mundo  
delante me han de poner!  
y esto que digo, señor,  
aquí lo sustentaré  
contra estos griegos y alanos

- con un hombre para diez.
- ROGER. Y si hay quien dudarlo pueda  
un instante, Berenguer,  
mi espada y mi sangre toda  
en su probanza pondré;  
pero el mundo, que asombrado  
de su heróica intrepidez,  
los vió en Asia y en Europa  
conquistar tanto laurel,  
ese será de sus hechos  
mas admirador que juez.  
Italia, que de valientes  
noble madre tambien es,  
bajo su cielo amoroso,  
como sabes, me dió el ser;  
y sin embargo, á tu España  
tan grande aficion cobré,  
que por madre la escogiera  
si se escogiera el nacer.
- BERENG. Pues por eso os he elegido  
por mi jefe, voto á quien!...
- ROGER. Ese es mi mayor orgullo;  
dónde no podrá vencer  
quien manda tales soldados?
- BERENG. Cada cual es un Luzbel.
- ROGER. Solo en ellos me disgusta...
- BERENG. Cómo! decis?...
- ROGER. Que no es bien  
permitir que con excesos  
lleguen su fama á perder.  
La Armenia y Tracia asoladas  
se lamentan...
- BERENG. Bien! y qué?  
Vos lo habeis dicho; la guerra!...  
y el soldado ha menester  
cierta libertad: pues digo!  
son frailes de la Merced?  
No estan vertiendo su sangre  
con noble desinterés.  
por una nacion extraña,  
esclava del turco ayer?  
Lo que á fuerza de lanzadas

- arrancamos al infiel,  
es nuestro, y pague la pena  
el que tal no supo hacer.
- ROGER. Eso no! los que buscaron  
en nuestro valor y fé  
remedio á sus desventuras,  
y como á hermanos nos ven,  
en su noble confianza  
nos dieron la mayor prez  
que estimar debe el soldado;  
la recompensa es despues.
- BERENG. Decis las cosas de un modo...
- ROGER. Marcha al punto á disponer  
que en marciales ejercicios  
el campo ocupado esté.  
Suele ser el ocio, causa  
de esos males.
- BERENG. Voy á hacer  
lo que me mandais.
- ROGER. En breve  
á vuestro lado estaré. (Váse por el fondo.)

## ESCENA VII.

BERENQUER, ALEJO.

- BERENG. Tú, que á los griegos conoces;  
qué opinas?
- ALEJO. Que decis bien.
- BERENG. Me alegro de que así pienses.
- ALEJO. Velad...
- BERENG. No me dormiré. (Váse.)

## ESCENA VIII.

ALEJO, luego MARIA por la izquierda.

- ALEJO. Sabes tú si el peligro me acobarda?  
Yo solo temo y con angustia lloro  
mi horrible duda, y la ocasion que tarda  
en llevarme á los pies de la que adoro.  
—Será mi afan inútil? de mi empeño;

qué puedo prometerme? dónde, dónde  
la que es de mi alma y de mi vida dueño,  
fortuna siempre infiel, ahora se esconde?

MARIA. Quién aquí?

ALEJO.

Si el olvido ó la incostancia  
rompió estos lazos? ay! si esta hechicera  
dulce memoria de mi loca infancia,  
término acaso de mis dichas fuera!

MARIA. Ese rostro!... imposible!

(Acercándose á Alejo en ademán de reconocerle.)

ALEJO. (Viéndola.) Es sueño mio?

es ilusion que engendra mi deseo?

MARIA. Alejo!

ALEJO.

No, mi Dios! no desvario!  
Posible es que te hallé? que al fin te veo?

MARIA. (Desdicha mía!)

ALEJO.

Mas por qué de enojos  
en vez de amor se cubre tu semblante?  
por qué no vuelves hácia mí tus ojos?  
soy yo! tu esclavo! tu dichoso amante.

MARIA. ¡Callad! (Ocultando el rostro.)

ALEJO.

(Con alegría.) Es el rubor que á la mejilla  
con vivas tintas de carmin colora!  
no me ha olvidado, no! pura y sencilla  
la prometida fé guardó hasta ahora! [eres!  
—No es verdad? no es verdad? oh, qué fiel  
qué buena y qué leal! y hay quien nos jura  
que no es firme el amor en las mujeres!  
Silencio por piedad!

MARIA.

ALEJO.

Hay tal ventura?

MARIA. Insensato!

ALEJO.

Por qué?

MARIA.

Cuánto me pesa  
de lastimar su corazon!

ALEJO.

Dios santo!  
Olvidada tal vez de tu promesa?...

MARIA. El tiempo y mi deber pudieron tanto.

ALEJO.

No lo acierto á creer!

MARIA.

Á pesar vuestro  
os debo la verdad: se rompió el nudo  
sencillo lazo del cariño nuestro.

ALEJO.

Te estoy oyendo, y sin embargo, dudo.

—Infiel!... eres infiel!

- MARIA. Dadme ese nombre:  
yo os lo perdonaré si eso os agrada.
- ALEJO. Mas solo eres cruel, y ningun hombre...
- MARIA. Os engañais, Alejo: estoy casada. (Pausa.)
- ALEJO. Y yo que la adoré como se adora  
en la primera edad, con fé tan pura,  
por qué insensato imaginé en mal hora  
que era igual su candor á su hermosura?  
Y quién no lo dijera? quién pensara  
que lo que amor creyó fuesen engaños,  
y que tan tierno corazon guardara  
tantas perfidias en tan pocos años?
- MARIA. Injusto sois! (Con dulzura.)
- ALEJO. Pues si verdad dijiste,  
dame una excusa: si tu amor fué cierto;  
cómo torcer tu inclinacion pudiste?  
infiel acaso me juzgaste ó muerto?
- MARIA. No.
- ALEJO. Te vendieron y el rigor padeces  
del que es tu dueño?
- MARIA. No.
- ALEJO. Qué es lo que escucho?  
Dime por compasion que le aborreces.
- MARIA. Engañaros! jamás! le quiero... y mucho!
- ALEJO. Maldito el dia en que te ví! maldito  
aquel en que á la vida me arrojaron  
con estrella tan pérfida, y el grito  
que me arrancó el nacer, en mí no ahogaron!
- MARIA. Qué, no hay, Alejo, á vuestro mal remedio?  
el tiempo...
- ALEJO. Qué decis?
- MARIA. Todo lo muda.
- ALEJO. Oh! si entre muerte y vida hay algun medio,  
teneis razon; lo encontraré sin duda.
- MARIA. En otro amor tal vez...
- ALEJO. Antes la muerte.
- MARIA. Todo ha de ser, á consolarle, en vano?
- ALEJO. Imposible! imposible!
- MARIA. De otra suerte  
aun me podeis amar: como un hermano.
- ALEJO. Oh! santo amor! pero tambien, Maria,

- de ese cariño el desencanto lloro:  
la que hermana llamé, profanó impia  
de mis mayores el mejor tesoro.  
Una vendió mi amor y otra mi nombre.  
—Qué cariño, qué fe, qué confianza  
merece una mujer? necio es el hombre  
que en ellas pone afectos y esperanza!
- MARIA. Escuchad: cuando niños nos amamos,  
nunca en nuestro inocente desatino  
los ocultos misterios indagamos  
que pudiera encerrar nuestro destino.  
Á vuestros ojos, yo, pobre villana  
era no mas.
- ALEJO. Y yo, mintiendo el traje,  
con mengua de mi stirpe soberana,  
te oculté el esplendor de mi linaje.  
—Á qué, entonces, turbar nuestra ventura?
- MARIA. Á qué daros entonces tal sorpresa?  
ALEJO. Compite con el sol mi raza pura.  
MARIA. Y yo soy... de los búlgaros princesa.  
ALEJO. Señora! vos!  
MARIA. Ya veis si era insensata  
vuestra aficion.
- ALEJO. Es cierto: un imposible  
ha perseguido mi fortuna ingrata!  
Tras de tanto esperar esto es posible!
- MARIA. Basta.  
ALEJO. Si; ya lo sé: la noble esposa  
del valiente Rogerio, no es ya aquella  
tierna y sencilla jóven que amorosa  
mi cariño escuchó.
- MARIA. No: ya no es ella.  
—Y basta ya.
- ALEJO. Vuestra eleccion, señora,  
ennoblece mi amor: llamadme hermano  
para que pueda serlo desde ahora  
del que es dueño feliz de vuestra mano.  
MARIA. Qué! tanto le quereis?  
ALEJO. Me dió la vida!  
héroe le admiro y le venero pio.  
MARIA. Cómo os escucho, Alejo, agradecida!  
—Amémosle los dos, hermano mio!

ALEJO. Gracias!  
MARIA. Y si traidor alguno piensa  
su sangre derramar...  
ALEJO. Como un precepto  
contemplaré morir en su defensa:  
lo juro á vuestros pies. (Hincando una rodilla.)  
MARIA. Y yo lo acepto.

## ESCENA IX.

DICHOS é IRENE.

IRENE. Señora!  
MARIA. Irene!  
IRENE. (No fué  
insensata presuncion.)  
Perdonad mi indiscrecion.  
MARIA. Indiscrecion! y por qué?  
IRENE. Dígalo vuestra mejilla  
y el rubor que en ella noto.  
Solo de amante ó devoto  
dobla el hombre la rodilla.  
MARIA. Qué quereis decirme?  
IRENE. Qué? (Con ironia.)  
MARIA. Mi propia opinion me escuda.  
IRENE. En que sois bella, no hay duda:  
sois santa? yo no lo sé.  
MARIA. Irene! (Con altivez.)  
ALEJO. Cómo imprudente,  
cómo á tan alta señora  
te atreves?...  
MARIA. Como es ahora  
dueña de Grecia esta gente,  
no extrañeis tales ultrajes  
ni que insulte mi nobleza:  
todo cabe en la rudeza  
de esas comarcas salvajes  
donde entre hielos prolijos  
impropios de humanos seres,  
viven pueblos mercaderes  
de la sangre de sus hijos.  
Gentes son que nuestra tierra

deshonran: plantas extrañas  
que ha arrancado á sus montañas  
la convulsion de la guerra.

IRENE. Yo os confieso que es verdad:  
pobres somos; maltratados  
del cielo, y no acostumbrados  
al ocio y la vanidad.

Y aunque encierra multitud  
de altos hechos nuestra historia,  
no queremos otra gloria  
que la que dá la virtud.

Idólatras del honor,  
sin orgullosos alardes,  
vendemos á los cobardes  
nuestro indomable valor.

MARIA. Basta, Irene! si indolente  
Miguel, que yo no lo hiciera,  
los desafueros tolera  
de vuestra raza insolente;

si ciego y débil inmola  
su patria á esa tiranía,  
yo no soy desde este día  
griega, no! soy española.

Aquí la noble altivez  
de mi nueva patria siento,  
y desmanes no consiento:  
sabedlo para otra vez. (Váse.)

## ESCENA X.

IRENE, ALEJO.

IRENE. Airada vá!

ALEJO. Y con razon:

la has agraviado.

IRENE. Qué necio

orgullo! con qué desprecio,  
con qué altiva presuncion  
ha insultado á nuestra raza!

ALEJO. Oh! no! el enojo la ciega.

IRENE. Yo he de vengarme en la griega  
de su insolente amenaza.



- ALEJO. Tú? qué dices? no harás tal.  
IRENE. No?  
ALEJO. No! ó desde este momento  
cambio en aborrecimiento  
mi cariño fraternal.  
IRENE. Cuánto la amas!  
ALEJO. No lo digas!  
IRENE. Verdad?  
ALEJO. Si, y harto lo lloro:  
amarla es poco, la adoro  
ya que á decirlo me obligas.  
Pero con tan negra suerte,  
que si en mi pecho cupiera  
una esperanza, supiera  
ahogarla yo con mi muerte.  
IRENE. Y amas!  
ALEJO. Pese á tu ironia,  
sí: mas tambien la venero.  
IRENE. Pobre amante!  
ALEJO. Más la quiero  
inocente, que no mia.  
—Déjame que en su pureza  
crea.  
IRENE. Tú la diste, aún niño,  
todo el ardiente cariño  
del hombre que á amar empieza.  
ALEJO. Es cierto!  
IRENE. Y ya en otros lazos  
olvida el amor primero.  
ALEJO. Sí: pero al hombre venero  
que la recibió en sus brazos.  
IRENE. Qué afecto es el tuyo, dí,  
que ni aun con celos te inflama?  
Ay, si ardieras en la llama,  
que está abrasándome aquí!  
ALEJO. Tú!...  
IRENE. No dés á tus desvelos  
de amor el impropio nombre:  
tú, Alejo! tú que eres hombre,  
no sabes... ni aun tener celos!

ESCENA XI.

DICHOS y GIRCON por el fondo.

- ALEJO. Mi padre!  
IRENE. Por qué has mudado  
de color?  
ALEJO. Irene, calla.  
IRENE. Qué es eso, padre? cuál es  
de esa indignacion la causa?  
con quién teneis el enojo?  
es conmigo?  
GIRCON. Con quién hablas?  
IRENE. Con mi hermano y vuestro hijo.  
No le veis? es cosa extraña!  
GIRCON. Mi hijo! yo no tengo ya  
hijos: si miente su cara,  
no miente mi corazon,  
que enojado le rechaza.  
ALEJO. Basta, padre mio!  
GIRCON. Vete,  
infeliz!  
IRENE. Señor! ya basta!  
ALEJO. No le ruegues: inflexible  
como mi suerte inhumana,  
ni mi razon le convence  
ni mis súplicas le ablandan.  
IRENE. Pero qué motiva, padre,  
tal rigor? en qué os agravia  
Alejo?  
GIRCON. Nunca volviera  
para deshorrar mis canas.  
No lo ves? de nuestros padres  
olvidando la ley santa,  
sirve á enemigos pendones  
y esgrime extranjeras armas.  
ALEJO. El honor lo quiere.  
GIRCON. Y dime;  
si entre esa infame canalla,  
óyeme y tiembla! estuviera  
el que deshonoró á tu hermana?

- ALEJO. Qué decis, padre? Dios justo!  
—Qué dudais? una palabra  
pronunciad: su nombre!
- GIRCON. (Cómo  
esa indignacion me agrada!)  
—Y si es grande?...
- ALEJO. Qué me importa?
- GIRCON. Y si es poderoso y manda?
- ALEJO. Será inmortal? pues si puede  
morir, con eso me basta.
- IRENE. (Padre! qué haceis? arriesgar  
su vida!...) (Ap. á Gircon.)
- ALEJO. Por qué no acaba?  
su nombre.
- GIRCON. Y nos vengarás?
- ALEJO. La duda sola me agravia.
- GIRCON. Necesito oirlo.—Escucha;  
y si yo te digo, «mata!»  
matarás?
- ALEJO. Pues qué he buscado  
seis años con vivas ansias?  
Quien tanto tiempo ha sufrido  
de la fortuna contraria  
los reveses, renunciando  
hasta al calor de su casa;  
quien sufrió desnudez, hambre,  
con firme, con obstinada  
resolucion, qué podia  
buscar si no una venganza?
- GIRCON. Asi te quiero.
- ALEJO. Decid;  
quién es ese hombre?
- GIRCON. Mañana.
- ALEJO. Es tarde.
- GIRCON. No has aguardado  
seis años?
- ALEJO. Sin esperanza,  
si; pero con ella, son  
las horas mucho mas largas.
- GIRCON. Ahora no es posible: sufre  
entre tanto; sufre y calla.
- ALEJO. Mas morirá?

- GIRCON. Si no tiembla  
tu mano.
- ALEJO. Tal vez airada  
temblará; mas cuando sienta  
el acero en sus entrañas.
- GIRCON. Á ese precio, te perdono:  
ven á mis brazos! descansa (Abrazándole.)  
en ellos y cobra aliento:  
se cumplirá tu esperanza.
- ALEJO. Oh! cómo mi corazon  
se reanima! gracias! gracias!
- GIRCON. Mi sangre en tí reconozco;  
hijo de una noble patria!
- ALEJO. Pero cómo habeis entrado  
hasta aquí?
- GIRCON. En la confianza  
de verte, de reducirte  
al deber que ya olvidabas.  
Ahora que en tus ojos veo  
ese ardor, no importa nada  
que lo sepas, hijo mio!  
tu ingratitud me mataba.
- ALEJO. Perdon!
- GIRCON. Perdonado quedas.
- IRENE. El emperador!
- GIRCON. Aparta!  
déjanos: que ignore siempre  
que hay un hombre de mi raza  
entre esos hombres.
- ALEJO. Sí; os dejo.  
(Te vengaré, pobre hermana!)  
(Váse por la derecha: inmediatamente despues sale Miguel por el fondo con algun séquito, que se quedará del lado afuera de ia misma puerta.)

## ESCENA XII.

MIGUEL, IRENE, GIRCON.

- MIGUEL. Qué me han dicho? tus soldados  
no han de contener su audacia  
ni á las puertas de mi córte?

- GIRCON. Mis soldados? pues qué pasa?  
MIGUEL. Esta noche han asaltado  
cobardemente á una dama:  
á mi prima.
- GIRCON. Yo os prometo  
indagar...
- MIGUEL. Está enojada.  
GIRCON. Haré un ejemplar castigo:  
tanto, que la satisfaga.
- MIGUEL. Si: no quiero que os acusen  
de la conducta inhumana  
que á esos hombres, cuando estoy  
decidido á castigarla.
- GIRCON. Y cómo? los catalanes  
esperan entrar mañana  
en la ciudad.
- MIGUEL. No entrarán.  
GIRCON. Mas tienen vuestra palabra.  
MIGUEL. Ellos mismos la han de hacer  
ineficaz.
- GIRCON. Por qué causa?  
MIGUEL. No estamos solos.  
GIRCON. No importa.  
IRENE. Las hijas de mis montañas,  
de los padres heredamos  
el duro temple del alma.  
Odiamos lo que ellos odian,  
amamos lo que ellos aman,  
y despreciando el peligro  
presenciamos sus batallas.
- MIGUEL. Pues bien: diestros emisarios  
entre los francos propagan  
el descontento, moviendo  
temor y desconfianza.
- GIRCON. Pero Roger...  
MIGUEL. Será el blanco  
de su enojo.
- GIRCON. Y si no basta...  
MIGUEL. Bastará si en imprudente  
sedicion el campo estalla.  
Roger irá á contenerla...
- GIRCON. Mas si del peligro escapa...

- MIGUEL. Habrá ocasion para hacerlos  
alejarse de estas murallas.
- GIRCON. Y Roger?
- MIGUEL. Se queda.
- GIRCON. Cómo?
- MIGUEL. Doy un banquete en mi alcázar  
al héroe: en él hablaremos  
de la próxima campaña.  
—Se evita así la presencia  
enojosa de las damas.  
—Vas comprendiendo?—Se toma  
ocasion de una palabra,  
de un gesto: él es temerario...  
y lo encomiendo á tu espada.
- GIRCON. Otra mano mas segura  
le herirá: la mia flaca  
puede errar el golpe.
- MIGUEL. Tú  
disponlo.
- IRENE. (Que Dios le valga!)
- MIGUEL. Mas por si acaso advertido,  
interrumpiendo su marcha  
revolviera el catalan  
contra nosotros sus armas,  
envié á Melich un hombre.
- GIRCON. Para qué?
- MIGUEL. Para que traiga  
sus turcomanos<sup>3</sup>.
- IRENE. (Cobarde!)
- MIGUEL. Y la cabeza cortada  
de esa falange, será  
ya fácil exterminarla.  
Mas temo que el mensajero  
ne ha llegado por desgracia  
ó traicion á su destino.
- GIRCON. Tal vez.
- MIGUEL. Lo cierto es que tarda.
- GIRCON. ¿Y qué quereis?
- MIGUEL. Necesito  
un hombre de confianza  
que esta órden lleve.
- IRENE. (Si llega.)

- GIRCON. Lo tendreis.  
MIGUEL. De eso te encarga.  
(Entregándole un pergamino arrollado.)  
GIRCON. Mas si por cualquier desdicha  
el aviso no llegara...  
MIGUEL. En ese caso, tendremos  
que dilatar la venganza.  
GIRCON. ¿Qué temeis?  
MIGUEL. Todo lo temo.  
Es valiente y temeraria  
esa nacion.  
IRENE. En efecto.  
Quien quiere acertar, aguarda.  
GIRCON. Sea.  
MIGUEL. Calma tu impaciencia.  
GIRCON. Con rencor, quién tiene calma?

### ESCENA XIII.

DICHOS, MARIA y ROGER por la izquierda. Miguel se adelanta hácia ellos, y tomando la mano á Maria, la trae hácia el proscenio.

- MIGUEL. Ven, prima: en este momento  
á Gircon he reprendido...  
MARIA. (Irene!)  
GIRCON. Á no haber salido,  
señora, del campamento,  
mi respeto ó mi valor  
os hubieran evitado...  
MARIA. Ya lo hizo un bravo soldado.  
GIRCON. Usurpándome ese honor.  
MIGUEL. Y no me habeis dicho nada (Á Roger.)  
de esa accion escandalosa!  
ROGER. Los agravios á mi esposa  
los venga solo mi espada.  
MARIA. No harás tal.  
ROGER. Los que atrevidos  
osaron con mano aleve...  
MARIA. El verdugo es el que debe  
entenderse con bandidos.  
GIRCON. En mi gente es maravilla

- tal infamia.
- MARIA. Desde cuándo?
- GIRCON. Os juro que está asomando  
el rubor á mi mejilla.  
Mas yo sabré escarmentar  
con rigor á mis alanos.
- MARIA. ¿Cómo?
- GIRCON. Matando villanos.
- ROGER. Muchos teneis que matar.
- GIRCON. Si han cometido ese ultraje,  
que yo con rubor contemplo,  
los vuestros dan el ejemplo  
entregándose al pillaje.  
De ellos toman tales mañas.
- ROGER. Mis soldados de Aragon,  
asesinos?
- GIRCON. Esas son  
sus mas heróicas hazañas.
- ROGER. Ellos, dechados, crisoles  
de honor!
- GIRCON. Y de cobardia.
- MIGUEL. Basta!
- ROGER. No, por vida mia!  
Cobardes mis españoles!
- MIGUEL. Callad.
- ROGER. No, señor! no puedo.  
Cuando ese punto se toca  
toda mi paciencia es poca.  
—Quién negará su denuedo?  
El valor! si esta es la joya  
que mejor los engrandece!  
Y esta campaña oscurece  
las maravillas de Troya.
- MARIA. Cierto, y con razon te quejas.
- ROGER. Oh! cómo estais olvidados  
de que os hallé acorralados  
como asustadas ovejas!
- GIRCON. Nadie domó nuestros cuellos.
- ROGER. De ira el corazon me late!  
—Y cuándo, y en qué combate  
hicisteis lo que hacen ellos?  
Ya sospecho cuando ha sido.



—Un dia, de su muralla  
en son de buscar batalla  
os ví salir de Planido.  
Mas tuvo el turco piedad  
de esas turbas espantadas,  
y á palos más que á lanzadas  
os corrió hasta la ciudad.

MIGUEL. Eran uno para tres.

ROGER. Qué importa? no es ese el cuento:  
yo con uno para ciento  
los he vencido despues.

—Y el recurso de morir?  
cuando está determinado  
hasta ese extremo un soldado;  
quién le puede hacer huir?  
Pero amais tanto la vida,  
que sembrasteis las llanuras,  
no de sangre, de armaduras  
que arrojasteis en la huida,  
y en vergonzoso tropel  
volvisteis á vuestro encierro.

—Para qué vestirán hierro  
los que no pueden con él?  
mejor les convienen faldas.  
Mas no hay turco, vive Cristo!  
que se alabe de que ha visto  
á un español las espaldas.

MIGUEL. Basta, digo!

GIRCON. No, señor!  
dejadle, y si nos afrenta,  
qué importa? asi se alimenta  
y crece nuestro rencor.

(Mirando con intencion á Roger.)

MARIA. Rencor decís! y por qué?  
hay causa?

GIRCON. Yo os la diria;  
mas no es posible: algun dia,  
señora... tal vez podré.

ROGER. Gircon! ved lo que decís. (Ap. á Gircon.)

MIGUEL. Si alguna vez averiguo...

GIRCON. El odio nuestro es antiguo:  
más de lo que presumis.

MIGUEL Gircon! debo recordaros  
que de mi imperio es Roger  
César?

GIRCON. No: no es menester,  
señor: para qué cansaros?  
Mas cuando vine á esta tierra  
en tiempo mas peligroso,  
y abandoné mi reposo  
por lidiar en esta guerra,  
pleito homenaje presté  
á vuestro padre, y él sabe  
si guardé hasta donde cabe  
la mas acendrada fé!  
mas no ofrecí respetar,  
ni yo mi orgullo esclavizo,  
á un oscuro advenedizo  
que ni aun me puede igualar:

ROGER. Desdichado!

GIRCON. Dónde empieza  
su nobleza?

MARIA. En su renombre;  
en sus hechos; para el hombre  
esta es la mejor nobleza.  
Y por si le es necesaria  
la heredada gerarquía,  
la tiene por él Maria,  
la princesa de Bulgaria.

GIRCON. Esa es su mejor victoria.

MARIA. Antes pienso que si brillo  
es por el noble caudillo  
que me ha prestado su gloria.

#### ESCENA XIV.

DICHOS, BERENGUER y ALEJO.

BERENG. Señor, vuestra orden cumplí.

ALEJO. (Era ella! deliro ó sueño?)

ROGER. Y qué?

BERENG. Puse en ello empeño,  
y es claro! lo conseguí:

ROGER. Quién es?

- BERENG. En callar se empeña;  
pero...
- ROGER. No estás satisfecho?...
- BERENG. Tiene una herida en el pecho:  
no puede ocultar la seña.
- MIGUEL. Qué es eso?
- ALEJO. (Fortuna mia!)
- ROGER. En vano he solicitado  
hasta ahora, hallar al soldado,  
al defensor de Maria,  
y así, ordené al capitán  
Berenguer, que en el instante  
le buscase.
- MARIA. Es arrogante  
con extremo el catalán.
- BERENG. Esta noche no faltó  
del campo otro alguno.
- ROGER. Dí  
su nombre.
- BERENG. Miradle allí. (Señala á Alejo.)
- GIRCON. (Alejo!)
- ROGER. Tú eres?
- ALEJO. Sí: yo.  
Mas qué singular proeza  
fué aquella para que asombre?  
no es obligacion del hombre  
proteger á la belleza?
- ROGER. Señor, es su condicion  
mas de lo que aquí parece.
- MIGUEL. Tu accion es tal, que merece  
de mi mano un galardón,  
y yo á pagarte, obligado  
quedo, por tí y por quien soy.
- ALEJO. Yo, señor, de todo estoy  
muy largamente pagado.
- MIGUEL. Cómo?... (Con admiracion.)
- IRENE. Dice bien, señor:  
no nos robeis nuestros fueros.  
Villanos y caballeros  
prefieren otro favor:  
y dama tan noble y bella,  
harto pagará esa hazaña
- :

si un lienzo suyo restaña  
la sangre que dió por ella.

MARIA. (Qué dice?)

ALEJO. (Me ahoga la ira!)

MARIA. (Gran Dios!)

MIGUEL. Dice bien Irene:

quien tanta nobleza tiene  
á recompensas no aspira.

ALEJO. Pagué una deuda sagrada. (Á Maria.)

MARIA. (Á mirarle no me atrevo!)

ALEJO. Yo la vida tambien debo  
de vuestro esposo á la espada.

ROGER. No, Alejo: engañado estás

en eso: tuya es la palma.

Yo te debo vida y alma,

(Mirando con amor á Maria.)

y tú la vida no mas.

MARIA. (Qué noble y qué generoso!)

ALEJO. Basta, señor. (Confuso.)

MIGUEL. Es verdad.

—Adios, prima, y descansad:

necesitais de reposo.

—Soldado, en obligacion (Á Alejo.)

quedo.

ALEJO. Inútil ha de ser!

MARIA. (Santo Dios! esta mujer

ha de ser mi perdicion!)

(Se retira el Emperador por el fondo, seguido de  
Gircon, Irene y Berenguer.)

## ESCENA XV.

MARIA, ROGER, ALEJO en el fondo.

ROGER. Maria?

MARIA. Qué, señor?

ROGER. Alza tu frente.

No sé por qué, pero intranquila quedas.

MARIA. Es cierto: las palabras de ese hombre

en mis oidos temerosas suenan.

Qué motiva sus iras? de qué nace

su implacable rencor? hay quien se atreva

á negar tu virtud? mas no te odiara  
Gircon, si como yo te conociera!

(Alejo desde este momento presta cuidadosa atencion  
al diálogo, avanzando de cuando en cuando hácia el  
proscenio.)

ROGER. Injusto es su rencor.

MARIA. Pero qué dijo?

Antiguo el odio es ya... No lo recuerdas?

ROGER. Y es la verdad; escucha.—Guarda el paso,  
(Á Alejo.)

Alejo.

ALEJO. Descuidad: estaré alerta.

(Con intencion. Roger y Maria se sientan junto al  
proscenio á la izquierda del actor.)

ROGER. Oye.

ALEJO. (Qué va á decir?)

ROGER.

Quando á la orilla  
de la antigua Bizancio, en son de guerra  
arribaron las huestes catalanas  
llamadas del imperio á la defensa,  
ya era la vez segunda que pisaba  
su caudillo feliz tu noble tierra.  
Años antes, salvando la estrechura  
del Bósforo de Tracia, una galera  
que ostentaba la cruz de los Templarios  
en vuestra playas amainó sus velas.  
Era el famoso *Alcon*, hermosa nave  
á la par invencible que ligera,  
orgullo del mancebo que en su espalda  
desafiaba al mar y á las tormentas.  
Ese mancebo que á sus pocos años  
azote ya de los infieles era,  
osado y con fortuna, sonreía  
á sus sueños de gloria y de grandeza.  
La gloria, los peligros, el sangriento  
destrozado botin de la pelea,  
estos fueron los únicos placeres  
de su fogosa juventud inquieta.  
Pero llegó un momento en que buscando  
con instintivo afan venturas nuevas,  
sintió en su corazon esa imperiosa  
necesidad de amar que al hombre aqueja.

Bajo este influjo ardiente, ante sus ojos  
vió un día aparecer cándida y bella  
una mujer... Perdona!

MARIA. (Dios me preste  
para escuchar mis celos, fortaleza!)

ROGER. Ya lo dije, era hermosa, pero altiva:  
vástago de esa raza masajeta  
de corazon fogoso, que ama y odia  
con toda la intension de su fiereza.  
Y el osado marino que arrostraba  
del mar y de los cielos la inclemencia  
y el horrible fragor de los combates  
con alta frente y majestad serena,  
tembló y palideció bajo la pura  
mirada de la tímida doncella,  
y hervir sintió en su pecho impetuoso  
de aquel amor la sensacion primera.

ALEJO. (Dios sostenga mi mano!)

ROGER. Llegó un dia  
en que la jóven escuchó sus quejas,  
y al contagio fatal de su cariño  
facilitó del corazon las sendas.  
Amó y amada fué; mas de tal suerte,  
con tanta ceguedad, que pronto en ella  
hondo y devorador remordimiento  
el lugar ocupó de su inocencia.

(Desde este momento, Maria que ha notado la emo-  
cion de Alejo, le mira repetidas veces con zozobra.)

ALEJO. (Podré dudar?...)

ROGER. Pero el dichoso amante  
pagar quiso á su vez tan alta prueba  
de abnegacion y amor, legitimando  
de aquella union la criminal cadena.  
Una mañana, respirando gozo,  
llamaban los culpables á la puerta  
de solitaria ermita en que vivia  
lejos del mundo oscuro anacoreta.  
«Benedicidnos!» dijeron; «nuestra falta  
á los ojos de Dios disculpa tenga:  
nuestras manos unid en santo nudo  
y esposos castos los amantes sean.»

ALEJO. (Ah!) (Respirando con alegría.)

- MARIA. Bien, Roger!  
(Mirando con satisfaccion á Alejo.)
- ROGER. Nuestra pesada carga  
fué desde entonces plácida y ligera,  
y recobró su calma y su alegría  
la que espiraba de terror y pena.
- ALEJO. (Hermana mia!)
- MARIA. Dí.
- ROGER. Pero una noche,  
pálido el rostro, respirando apenas,  
hora tras hora la angustiada niña  
la vuelta, en vano, de su esposo espera.  
Pasa otra noche y otra, y en su estancia  
con afan palpitante escucha y tiembla  
si algun rumor que engaña su deseo  
hasta el rincon donde suspira, llega.  
Desusado clamor, horribles gritos  
escucha un dia, y desalada y trémula  
á averiguar la causa lastimosa  
una fatal curiosidad la lleva.  
Un hombre, un criminal con tardo-paso  
al suplicio camina: fija en ella  
torva sonrisa, y cae la desdichada  
lanzando un grito de terror.
- MARIA. Quién era?
- ROGER. El mentido eremita, que ocultaba  
bajo el inmune manto de la Iglesia  
crímenes inauditos!—Margarita  
de su esposo tambien tuvo sospechas!  
—En fin, creyóse la infeliz burlada,  
y del dolor vencida y de su afrenta,  
cayó á las plantas de su padre anciano,  
cubierto el rostro de mortal tristeza.
- ALEJO. (No puedo mas!)
- ROGER. Mostrándole su seno  
preparado á la muerte y sin defensa,  
su amor le confesó, lloró su culpa,  
y esperó resignada la sentencia.
- MARIA. El anciano, sin duda, como padre,  
perdonó.
- ROGER. Perdonar! tanta flaqueza...  
tan noble sentimiento, no es posible

- que en esos negros corazones quepa.
- MARIA. Te engañas. (Mirando á Alejo.)
- ROGER. Ya verás! La pobre mártir,  
al arrostrar la indómita soberbia  
de aquel padre feroz, tal vez creía  
encontrar el perdon de su imprudencia.
- MARIA. No fué así?
- ROGER. No, Maria! desoyendo  
la voz de aquel dolor, solo á su afrenta  
prestó dócil oído, y á la ira  
se abandonó su corazón de hiena.  
La mano de su juez desapiadado  
sintió la jóven en el rostro impresa,  
y fué lanzada de la tribu impia  
como objeto de escándalo y vergüenza.
- ALEJO. (Margarita!)
- ROGER. Al hallarse de la noche  
en medio de las lóbregas tinieblas  
sola, la que vivía acompañada,  
pobre, la que nadaba en la opulencia,  
desfalleció sin duda su constancia,  
y de la muerte acarició la idea.  
Vió á sus pies de repente abalanzarse  
del Bósforo las aguas turbulentas,  
y al otro día, á la cercana orilla  
las turbias ondas la arrojaron muerta.
- MARIA. Y el hombre que causó su desventura...
- ROGER. No la olvidó jamás: si en apariencia  
infiel, abandonarla parecía,  
no fué su culpa, no; mas de su estrella.  
Su deber de soldado, la imperiosa,  
inexcusable voz de la obediencia,  
súbito de su lado le apartaron  
sin poderla avisar; pero á su vuelta,  
palpitando de amor y de esperanza,  
de Margarita en la desierta reja  
una vez y otra vez, ya con zozobra,  
hizo sonar la acostumbrada seña.  
Y allí sin duda le encontrara el día  
con su dolor luchando, si una sierva,  
confidente leal de sus amores,  
de su inútil afán no le advirtiera.



Por ella la catástrofe espantosa  
supo el triste mancebo; ardió en sus venas  
insensato furor, y ante su cólera  
atropelló de la mansion las puertas.  
Enfrente allí del miserable anciano  
que devorando lágrimas acerbas  
tal vez de su rigor se arrepentia,  
mi esposa estaba en el sudario envuelta.  
Terrible fué aquel trance! imprecaciones,  
gritos, sollozos, amenazas fieras  
resonaron allí! cortejo horrible  
que acompañaba á mi esperanza muerta!  
(Pausa.)

MARIA. No es verdad que ante Dios de ese cariño  
los tiernos lazos renovado hubieras  
á no estorbarlo de su padre el crimen?

ROGER. Lo juro por mi honor.

MARIA. Pues bien! desecha  
esa memoria amarga, y cuando tanto  
tu corazon y tu dolor no puedan,  
para el tirano autor de tu infortunio  
todo el castigo de la culpa sea.

ALEJO. Perdonadme. (Adelantándose.)

ROGER. Qué es eso?

ALEJO. Aun no ha acabado  
la triste relacion de esa tragedia:  
yo la sé.

ROGER. Tú! es posible?

ALEJO. De un hermano  
de la niña infeliz, la historia queda.

ROGER. Y ese hermano...

ALEJO. Buscando al que juzgaba  
infame burlador de su pureza,  
por vengar á su pobre Margarita  
seis largos años recorrió la tierra.

MARIA. (Dios nos tenga piedad!)

ALEJO. Y allá en Italia,  
ved qué grande es, señor, la Providencia!  
al hombre á quien solícito buscaba  
debió la vida sin saber que él era.

ROGER. Sigue! sigue!

ALEJO. Pero hoy que de sus ojos

arrancó la verdad la torpe venda,  
temblando de emoción, le dice: «Hermano!  
la que murió por tí, por tí me ruega.»

ROGER. Hermano!  
(Abriéndole los brazos, en los que se arroja Alejo.)

ALEJO. Gracias! gracias!—Veis, señora  
cómo tuvo mi afán su recompensa?  
Me ha llamado su hermano! y ese nombre  
vale... toda la sangre de mis venas.

### ESCENA XVI.

DICHOS y GIRCON por el fondo.

GIRCON. Roger?

MARIA. (Aquí este hombre?)

GIRCON. Vuestro campo  
alborotado está y en armas queda.

ROGER. Eso es posible?

GIRCON. Gritos y amenazas  
profieren, y hablan de romper las puertas.  
Quiere el emperador, y á eso me envía,  
que refreneis al punto su soberbia,  
y alejeis de los muros de su córte  
esa eterna ocasion de turbulencias.

ROGER. Hoy será obedecido.

GIRCON. Y si no bastan  
vuestro influjo y valor; dado que fuera  
necesario apelar á los extremos,  
con mi brazo contad: mi gente es vuestra.

ROGER. Si mi voz, si mi nombre no bastara  
para hacerlos entrar en la obediencia,  
hoy moriré á sus manos.

MARIA. Sé prudente!

GIRCON. Hijo mio! (Acercándose á Alejo: ap.)

ALEJO. Señor?

GIRCON. La hora se acerca.

ALEJO. La hora decís?

GIRCON. La de vengar tu agravio,  
y de tu hermana y de tu padre afrentas.

ALEJO. Cuando se acerque el formidable instante  
de dar á Dios la inevitable cuenta,  
no me dirá: «Qué has hecho de tu hermano?»

GIRCON. como dijo á Cain. Esa respuesta!...

ALEJO. Alejo! Adios, señor!

GIRCON. Y Margarita?

ALEJO. Contra su matador no tengo fuerza.  
(Se aleja de su padre: este queda sumergido en honda desesperacion.)

### ESCENA XVII.

DICHOS y BERENGUER.

BERENG. Señor!

ROGER. Todo lo sé.

BERENG. Bien os lo dije:  
no podia faltar.—Y hay una gresca,  
como jamás he visto.

ROGER. Yo prometo  
que han de pagarme cara la insolencia.

MARIA. Oh! no arriesgues tu vida, que es la mia.

ROGER. Hola! mis pajes!  
(Estos acuden y arman á Roger á la ligera.)

MARIA. Cubre tu cabeza  
con el casco acerado: nada olvides.  
—Llevas tambien tu cota milanesa?

ROGER. Llevo tu amor.

BERENG. (Ap. á Roger.) Por mí, los dejaria,  
no mucho! hasta que al fin me concluyeran  
con el último alano: es lo que piden,  
y muerto el enemigo, no hay pendencia.

ROGER. Basta! basta y seguidme. Adios, Maria.  
(Abrazándola.)

MARIA. Alejo, mi cariño os lo encomienda!  
velad por él, velad!

GIRCON. (Iras del cielo!)

ALEJO. Su existencia señora, es mi existencia!  
(Roger se vá por el fondo seguido de Berenguer,  
Alejo y pajes. Maria, que le ha acompañado hasta la  
puerta, se vuelve hácia Gircon dirigiéndole una mira-  
da de triunfo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA.

CATALINA asomada á la ventana: MARIA sale por la izquierda.

MARIA. No vino mi esposo?  
 CATAL. No;  
 mas tranquilizaos, señora.  
 MARIA. Qué! nadie le ha visto?  
 CATAL. Ahora  
 un soldado que llegó  
 del campo, le dejó en él.  
 MARIA. Y dónde está ese soldado?  
 CATAL. Partió de nuevo, enviado  
 por vuestro primo Miguel.  
 MARIA. Cesó el motin?  
 CATAL. Aun no está  
 sosegado.  
 MARIA. Quiera el cielo...  
 CATAL. Señora, y mucho recelo  
 que no se apague.  
 MARIA. Quizá.  
 CATAL. Y hoy á su ardiente violencia  
 Andrinópolis llorara  
 su fin, si no lo estorbara  
 de Rogerio la presencia.  
 Con qué valor y denuedo

corrió á atajar los desmanes  
de esos fieros catalanes!

MARIA. Tranquilizarme no puedo.  
—Y... mira! es una crueldad,  
Catalina! un desvario!  
Es un pensamiento impio  
que manda en mi voluntad.  
Al escuchar los clamores  
de esa gente, hallé en mi pecho  
simpatia á su despecho  
y disculpa á sus rencores.  
—Esa falanje guerrera,  
esos campeones fieles  
que han cubierto de laureles  
nuestra arrollada bandera,  
que han alzado con sus manos  
de Grecia el hundido trono,  
hoy blanco son del encono  
de griegos, turcos y alanos.  
—Por qué en fútiles alardes  
gastan la potente saña?  
triunfe por último España  
de esta raza de cobardes.

CATAL. Cómo! renegais del suelo  
que os vió nacer?

MARIA. Con razon:  
altivo mi corazon  
ha remontado su vuelo.  
Esta Grecia, que la copa  
de su ignominia hoy apura,  
salvada por la bravura  
del mejor pueblo de Europa,  
al implorar su favor  
con temerosa impaciencia,  
no ha comprado su existencia  
sino á precio de su honor.  
Así, al aceptar los lazos  
que al noble Roger me unieron,  
con doble afecto se abrieron  
á recibirle mis brazos:  
pues mi altivo corazon,  
que su dicha comprendia,

- á un mismo tiempo sentia  
cariño y admiracion.  
Y cómo no darle amante  
lo mejor de mis deseos,  
á él, que entre tantos pigmeos  
se me apareció gigante?
- CATAL. Y si, estallando el rencor  
que inútilmente se oculta,  
prendiese la guerra?
- MARIA. Abulta  
el peligro tu temor;  
mas si así fuera, el deber  
mi conducta marcaria.
- CATAL. Sois la princesa Maria.
- MARIA. Soy la esposa de Roger.  
—Y hoy mas que nunca aquí siento  
arraigado este amor: hoy  
que tan otra y feliz soy  
que me hace daño el contento.
- CATAL. Es posible?
- MARIA. Si! dichosa  
como ninguna lo ha sido!
- CATAL. Pues qué?...
- MARIA. Dios ha bendecido  
los deseos de la esposa <sup>4</sup>.
- CATAL. Decid...
- MARIA. La esperanza ardiente  
que con desusado empeño  
sobresaltaba mi sueño  
y acariciaba mi mente;  
ese infinito placer,  
esa inefable alegría  
que el Hacedor nos envia.  
al duplicar nuestro ser,  
trocaron su expresión muda  
y aquella indecisa calma,  
en voces que escucha el alma  
sin el temor de la duda.  
Y á esas voces que en sereno  
concierto para mí suenan,  
de ardiente gozo se llenan,  
mi corazon y mi seno.

Siento en ellos alentar  
una vida... y no es la mía!  
siento impulsos de alegría,  
con deseos de llorar.

## ESCENA II.

DICHAS y MIGUEL.

CATAL. El emperador.

MIGUEL. María!

MARIA. qué lágrimas, dí, son esas?

MIGUEL. Yo lágrimas?

MARIA. Lo comprendo:

MIGUEL. sin duda impaciente esperas

MARIA. á tu esposo: por él temes.

MIGUEL. Temer por él! no lo creas.

MARIA. Furioso estaba el soldado,

MIGUEL. y rotos de la obediencia

MARIA. los lazos, puede atreverse...

MIGUEL. Parece que lo deseas.

MARIA. Quién! yo, María? me ofendes.

MIGUEL. Mucho?

MARIA. (Si de mí sospecha!...)

MIGUEL. Pues hay en el mundo, díme,

MARIA. quien al noble Roger deba

MIGUEL. mayores obligaciones?

MARIA. Si lo negaras, mintieras.

MIGUEL. No: si es verdad que me irrita

MARIA. de los francos la impaciencia,

MIGUEL. sé tambien que de tu esposo

MARIA. el prestigio los sujeta.

MIGUEL. Roger es ya mi pariente,

MARIA. y en la paz como en la guerra,

MIGUEL. hombre á quien nadie aventaja

MARIA. en ánimo y en prudencia.

MIGUEL. Ciertol—y yo que te creía

MARIA. su enemigo!

MIGUEL. Injusto fuera

MARIA. si con agravios pagara

MIGUEL. al que ha salvado á la Grecia.

MARIA. Bien! bien!



- MIGUEL. Sin él, qué sería  
de esta generosa tierra?
- MARIA. Es verdad.
- MIGUEL. Sin él, ya estaba  
por el suelo mi diadema.
- MARIA. Bien dices, oh! y tú no sabes,  
al par que me lisonjea,  
cuánto me complace oír  
que haces justicia á sus prendas!
- MIGUEL. Tan leal como valiente  
es Roger.
- MIGUEL. Bien le ponderas;  
pero así le necesito  
para acabar esta empresa.
- MARIA. Mañana parte.
- MIGUEL. Mañana  
dices? por qué esa impaciencia?—  
los turcos ya derrotados  
ni le combaten ni esperan,  
y hay enemigos mayores...—
- MARIA. Qué escucho!
- MIGUEL. Y que estan mas cerca.
- MARIA. Qué quieres decir?
- MIGUEL. Que ya  
la intolerable soberbia  
de esos alanos, ha hallado  
con el fin de mi paciencia.
- MARIA. Y con razon: ese pueblo  
de inclinaciones groseras,  
es para tu imperio culto  
un peligro y una afrenta.
- MIGUEL. Es cierto, y por eso intento  
que á sus montañas se vuelvan.
- MARIA. Bien; Miguel.
- MIGUEL. Es ya preciso:  
si no de grado, por fuerza.
- MARIA. Se volverán: yo lo fio;  
pero cómo, si eso intentas,  
dicen que á los catalanes  
de nuestros muros alejas?
- MIGUEL. No me comprendes, Maria.  
Antes que el sol dé la vuelta,

al rayar la nueva aurora  
aquí entrarán de sorpresa;  
y los turcomanos, fieles  
aliados de la Grecia,  
vendrán también.

MARIA. Pues qué! temes?...  
MIGUEL. No está demás la prudencia.

Quiero evitar que Andrinópolis  
campo de batalla sea.

MARIA. Tienes razon!

MIGUEL. Ya conoces  
de ese Gircon la soberbia.

MARIA. Si yo pudiera explicarte  
qué grave peso, qué pena  
me quitas del corazon!

Hay ventura como esta?

—Perdóname.

MIGUEL. Qué, Maria?

MARIA. Dudaba de tu nobleza,  
como si fuera posible  
en tí... vamos! qué demencia!

Desde hoy mas, estrecharemos  
los lazos que nos acercan.

Dueño del mejor imperio  
que se conoce en la tierra,

tú ensalzarás una estirpe  
que el mundo juzgaba muerta.

Roger será el brazo armado  
que sostendrá tu grandeza,

y extendiendo tus conquistas  
hará por mi amor proezas.

Y yo, orgullosa por ser  
de tal hombre compañera;

por tener la noble sangre  
que también corre en tus venas,

diré á Dios, agradecida:

«Bendita tu Providencia!

ya parece que permites  
la resurreccion de Grecia!»

ESCENA III.

DICHOS y ALEJO por el fondo.

MIGUEL. Quién es?

MARIA. Ah!

MIGUEL. Tu salvador.

ALEJO. Vuestro siervo.

MIGUEL. Nos traes nuevas?

ALEJO. Mi señor os las envía  
por mí.

MARIA. Sin duda son buenas.

ALEJO. Marchando vá el campo, y todo  
tranquilo y sumiso queda.

MARIA. Y mi esposo?

ALEJO. Satisfecho

de su fácil obediencia,  
me mandó á tranquilizaros,  
en tanto que dá la vuelta.

MARIA. Ya lo ves, Miguel; estás  
satisfecho?

MIGUEL. De manera

que ha de saber hoy tu esposo  
adonde mi afecto llega.

—Adios, soldado, y advierte

á tu señor que le esperan

una esposa y un amigo,

ambos con mucha impaciencia.

(Váse con Maria por la izquierda.)

ESCENA IV.

ALEJO, luego IRENE.

ALEJO. En cuanto á la esposa, digo  
que fácilmente convengo,  
que por lo demas, no tengo  
la misma fé en el amigo.

IRENE. Alejo! el cielo te envía.

ALEJO. Qué?

IRENE. Bendita su clemencia!

Dime, estimas la existencia  
de Roger?

ALEJO. Más que la mia.

IRENE. Pues no pierdas un momento.

ALEJO. Mas...

IRENE. De razones acorta.

Lo que quiero, lo que importa  
es salvarle, y eso intento.

ALEJO. Tú?

IRENE. Deja cálculos vanos.

—Escucha: un hombre ha salido  
no há mucho para Planido:  
allí estan los turcomanos.

ALEJO. Sigue, sigue.

IRENE. De Miguel  
para Melich lleva un pliego:  
este necesito: luego  
verás su traicion en él.

ALEJO. Pues qué intenta?

IRENE. Asesinar  
al que hoy estrecha en sus brazos:  
preparando está los lazos  
en que le pretende ahogar.

ALEJO. Á mi hermano!

IRENE. Si.

ALEJO. Á Roger!

IRENE. Pero teme en este instante  
no tener fuerza bastante  
para afrontar su poder.  
Ese temor, indeciso  
le tiene y es mi esperanza:  
atajamos la venganza  
mientras no llegue el aviso.

ALEJO. Irene! crimen tan feo...

IRENE. Que le calumnio supones?

ALEJO. Eso no: en punto á traiciones,  
todo de Miguel lo creo.

IRENE. Bien dices.

ALEJO. No es cosa nueva.

IRENE. Vendrá el pliego?

ALEJO. Lo has dudado?  
aunque lo traiga manchado

con sangre del que lo lleva. (Hace que se vá.)

—Mas... permite que me asombre!...

Dí; qué causa te ha impelido  
á salvar?...

IRENE. No has conocido  
que estoy amando á ese hombre?

ALEJO. Tú?

IRENE. Yo: seis años de lucha  
sufridos llevo hasta ahora,  
de dolores que él ignora;  
de suspiros que no escucha.  
Yo en la pendiente fatal  
de esta inclinacion maldita,  
rival fui de Margarita  
y de Maria rival.

ALEJO. Temo...

IRENE. Qué? de mi fiereza  
no esperes jamás el dolo;  
pero ay del que toque á un solo  
cabello de su cabeza!  
Sálvale, sí! me lo ofreces?  
triunfe esa mujer altiva;  
no importa; pero que él viva  
aunque yo muera mil veces.

ALEJO. Desdichada!

IRENE. Entre los dos  
quede este horrible secreto.  
Lo prometes?

ALEJO. Lo prometo.

IRENE. Corre, Alejo.

ALEJO. Adios. (Váse.)

IRENE. Adios.

## ESCENA V.

IRENE, sola.

Escuchemos al deber.  
Si amante y esperanzada  
soñé con dichas ayer,  
hoy nada me queda, nada  
sino llorar y ceder.

Ceder! mas con qué derecho  
mi rival aborrecida,  
cuando de su fé sospecho,  
querrá que me rasgue el pecho  
para que tenga ella vida?

—Y qué sospecho? afan loco!  
pues ni me rindo á la duda  
ni á la evidencia tampoco;  
pero á mi clemencia invoco  
y mi clemencia está muda.

Su amor correrá en bonanza,  
y yo humillada á sus pies  
completaré su venganza!

Imposible! esto no es  
renunciar á la esperanza?

Y cuándo? cuando la pide  
la suerte opuestos deberes  
y su familia divide...

Ay, corazon! eso quieres,  
y eso esperas: que le olvide.

No trocará por la guerra  
que vá á asordar el espacio  
y á ensangrentar esta tierra,  
las seducciones que encierra  
la vida de su palacio.

Es griega, y presuntuosa  
siente su origen altivo,  
y antes princesa que esposa,  
se envolverá desdeñosa  
en el orgullo nativo.

—Pero ademas, no seria  
fácil tambien que traidora  
le engañase? Dí, Maria!  
has salido vencedora  
en la amorosa porfia?  
nunca en tu voz, en tu aliento  
el suspiro se ha mezclado  
de algun torpe sentimiento?  
no te mancha ni el pecado  
liviano de un pensamiento?

—Mas no quiso en la niñez  
á Alejo? pues qué otro nombre

tiene esto, si no doblez?

—No ha debido amar ese hombre

á quien ya ha amado otra vez.

Él merece por su brio,

por su nobleza infinita,

todo entero un albedrio

cual lo fué el de Margarita,

y en fin... como lo es el mio.

## ESCENA VI.

IRENE, ROGER por el fondo.

ROGER. Irene!

IRENE. La misma soy.

Os buscaba.

ROGER. Y yo temia

hallaros...

IRENE. Por qué? no es dia  
de reconvenções hoy.

ROGER. Explicaos.

IRENE. No es tiempo ahora

de quejas.

ROGER. Yo no os entiendo.

IRENE. Sino de burlar huyendo

alguna intencion traidora.

—Negro festejo os prepara

quien vuestra muerte desea:

huid, Rogerio, no sea

que os salga el daño á la cara.

Huid, señor!

ROGER. Pero en fin...

IRENE. Quien os estima os lo advierte:

sentada estará la muerte

á la mesa del festin.

ROGER. Irene!...

IRENE. Dudais quizá?

ROGER. Si.

IRENE. Consúmese el delito.

ROGER. Una prueba necesito...

IRENE. La prueba no tardará.

ROGER. Cuándo?...

- IRENE. Va un soldado fiel  
tras el hombre que la lleva.
- ROGER. Oh! si me dáis esa prueba,  
ay de Grecia! ay de Miguel!
- IRENE. Aun teneis desconfianza...
- ROGER. Mas quién es de tal perfidia  
capaz?
- IRENE. El odio y la envidia:  
ved qué terrible alianza!  
Y... acaso porque así Dios  
á castigaros comienza,  
los vuestros tienen vergüenza  
de vuestra cuna y de vos.
- ROGER. Vergüenza de mí? no quiero  
ni imaginarlo.
- IRENE. De fijo.  
César del imperio, el hijo  
de Ricardo el halconero!  
—Sabeis por qué se os desprecia?  
lo diré en una palabra:  
por que ya el miedo no labra  
en el corazon de Grecia.  
Esta es la verdad, Roger,  
de que mi afecto os avisa:  
vuestro pecado es la prisa  
que os habeis dado á vencer.  
Miguel es vuestro enemigo:  
perderos es su deseo!  
burladlo pues,—aunque creo  
que mereceis tal castigo.—  
Romper el lazo fatal  
en que vuestra union reposa,  
quiere: teneis por esposa  
mujer de sangre imperial.
- ROGER. Y á salvarme de su insana  
traicion, qué causa os incita?
- IRENE. No era yo de Margarita,  
mas que una amiga, una hermana?  
Fuerza es que á su intercesion  
este interés atribuya.  
Oh, si! una voz que es la suya  
resuena en mi corazon.



«Sálvame, me dice, ó va  
á morir!»

ROGER. Martir querida!

IRENE. Sálvame! dale la vida,  
aunque ofendiéndome está.

ROGER. Yo la ofendo?

IRENE. Sin doblez,  
quién hermana afectos tales?

los corazones leales  
solo quieren una vez.

Mas quien osó con malicia  
la honra ajena amancillar;

qué es lo que puede esperar  
del cielo, sino justicia?

Á otra robasteis la calma,  
y el alma partís en dos:

no pudiera ser que á vos  
os dieran partida el alma?

ROGER. Qué! mi esposa!...

IRENE. No iracundo  
la acuseis.

ROGER. Quién lo osaría?

IRENE. Tambien vos para Maria  
fuisteis el amor segundo.

ROGER. Ah!

IRENE. Pero no tengais celos:  
harto luchando acrisola

su inocencia, quien se inmola  
obedeciendo á los cielos.

ROGER. Corro á hablarla.

IRENE. No! partid  
al punto; pero sin ella:

no la pongais con su estrella  
en desesperada lid.

Su origen no se concilia  
con su deber: es princesa,

y hoy todo concierto cesa  
entre vos y su familia;

y en la fortuna contraria,  
no ayudará,—no lo espero,

al hijo del halconero  
la princesa de Bulgaria.

ROGER. Pero ella no puede ser cómplice...

IRENE. Ni yo lo digo: vos lo vereis; no me obligo ni á acusar ni á defender.

ROGER. Dádslo á entender, y en Maria no cabe tanta vileza.

IRENE. No! ni en mi naturaleza la torpe supercheria.

Habladla: afecto mas fiel acaso en su pecho quepa, y es posible que no sepa los proyectos de Miguel;

y si ella os sigue, á pesar de todo, decid que os ama: decid que es tan noble dama

como podeis desear.

### ESCENA VII.

DICHOS y ALEJO, agitado y con un pergamino en la mano.

IRENE. Alejo. (Corriendo hácia él.)

ALEJO. Aquí está: dijiste verdad! era cierto, Irene! aquí de una infamia viene, hermano, la prueba triste.

IRENE. Lo veis?

ALEJO. Al hombre alcancé: negóse al soborno, al ruego; reñimos en fin, y el pliego

con la vida le arranqué.

—Vedlo: de intentos villanos

la prueba con él os doy.

Huid, señor: ya por hoy

no vendrán los turcomanos.

Mas no perdais un momento:

huid de aquí.

ROGER. Si; lo haré. (Abatido.)

ALEJO. De aquella colina al pie

está vuestro campamento.

De todo, secreto aviso

- á vuestras gentes he dado:  
inquieto queda el soldado  
y todo el campo indeciso.
- ROGER. (Lee.) «Para un proyecto que callo,  
porque peligrara escrito,  
buen Melich, te necesito  
con tus hombres de á caballo.  
Cuando todo esté en reposo,  
ven; pero guarda el secreto,  
que es importante el objeto,  
y el contrario, poderoso.»
- IRENE. Ya veis!...
- ROGER. Dejadme los dos.
- ALEJO. Ánimo!
- IRENE. La prueba es ruda! (vânse.)
- ROGER. Has sembrado aquí la duda!  
no te lo perdone Dios! (Mirando á Irene.)

### ESCENA VIII.

ROGER, que vá á entrar por la izquierda, y MARIA, que le sale  
al encuentro.

- MARIA. Roger!
- ROGER. Maria!
- MARIA. Mi señor! mi dueño!
- ROGER. Me estabas esperando?
- MARIA. Cuidadosa  
hasta verte salir del árduo empeño...  
—Pero estás fatigado: ven, reposa...  
(Viendo que permanece inmóvil y sombrío.)  
—Mas... por qué ese semblante rigoroso?  
Tu silencio me asusta!  
Dime; por qué mi esposo  
vuelve á mis brazos con la frente adusta?
- ROGER. Maria!
- MARIA. Tú padeces!
- ROGER. Ay, Maria!  
solo el prestigio de tu acento blando  
puede calmar la angustia, la agonía  
que está mi corazon despedazando!  
No te busco princesa: cariñosa

- amante, sí te quiero.
- MARIA. Pues bien: antes que nada soy tu esposa,  
y es la obediencia mi deber primero.
- ROGER. Y dime; si en el seno generoso  
de tu imperial stirpe, se abrigara  
tal reptil venenoso  
que vuestra propia sangre emponzoñara...
- MARIA. Qué dices!
- ROGER. Si con pérfida cautela  
me tendiera Miguel cobardes lazos...
- MARIA. Calla! calla, Roger! antes recela  
que son dogales mis amantes brazos.  
Con qué razon atentaré á tu vida?
- ROGER. Envidioso tal vez de mi fortuna...
- MARIA. Respetos debe un príncipe á su cuna,  
y obligaciones que jamás olvida.  
Qué gana con tu muerte?  
antes... óyeme bien! antes espera  
de tu espíritu noble y pecho fuerte  
la gloria y salvacion del Asia entera.  
Calla, Roger! y Dios no te demande  
cuenta de tu culpable desatino!  
Muy pequeño es Miguel, pero aun es grande  
para ser ni cobarde ni asesino.  
—Qué te obliga á dudar? dílo.
- ROGER. (No me ama!)  
—Un mensajero de fatales nuevas  
puso en mis manos de la horrible trama  
el indicio mejor.
- MARIA. Dame esas pruebas.
- ROGER. Á más de esos alanos  
que son mis enemigos, de repente  
llamados son aquí los turcomanos.
- MARIA. Es que de hoy más, ó débil ó indolente,  
su fortuna, Miguel pone en tus manos.  
Amigos son; no temas su presencia:  
en tu ayuda mi primo los convoca.  
De Gircon y sus hordas la insolencia  
es lo que teme y su rigor provoca.  
El lustre antiguo volverá á su córte  
y su esplendor... verás cómo te engañas!  
y esos salvajes que nos manda el Norte

empujados serán á sus montañas.

—Ya verás! ya verás!

ROGER. Tan poco fia  
de mi esfuerzo y poder! yo basto solo...

MARIA. Por evitar azares...

ROGER. No, Maria!  
(No puedo ya dudar! cierto es el dolo!)  
Crees?...

MARIA. Que tu sospecha es ilusoria.

ROGER. Y si á pesar de todo prefiriera  
huir de aquí?

MARIA. Para salvar tu gloria  
y evitar una mancha á tu memoria,  
obedecerte acaso resistiera.

ROGER. Quién ama, desconfia.

MARIA. Mas quien tiene  
con su deber y con tu fama, cuenta,  
mirar debe por tí.

ROGER. (Bien dijo Irene.)

MARIA. La fé ennoblece y la malicia afrenta. (Pausa.)

ROGER. Dudé: esperé; pero la duda acaba.  
—No temas que deberes te reclame.  
—Mentira es la esperanza que abrigaba:  
verdad la que juzgué sospecha infame!

MARIA. No deliras?

ROGER. Mas nada hay que me asombre.  
Extranjero y soldado advenadizo!  
de César y de amigo obtuvo un hombre  
el título y el nombre;  
nombre irrisorio y título postizo!

MARIA. Calla!

ROGER. No le bastó tanta grandeza  
y tan excelso honor: tálamo augusto  
quiso tambien y cándida belleza,  
y olvidó de su cuna la bajeza.  
Verdad, señora, que el castigo es justo?  
Impuso un dia de la Grecia al duelo  
su firme voluntad; pero hoy, lanzado  
el turco de este suelo,  
quién necesita del audaz soldado?

MARIA. Mira que desvarias! que me ofendes  
y ofendes el honor del pueblo griego!



- Una madre no miente cuando invoca  
el nombre de su hijo!
- MARIA. Dudar de mí cuando le quiero tanto!
- ROGER. No! ya no dudo: se cerró el abismo  
que abierto ante mis pies me daba espanto.  
Preso de tu palabra en el encanto,  
tu noble indignacion siento yo mismo.
- MARIA. Mas sin duda hubo causa...
- ROGER. No, ninguna!  
Pudo haberla jamás para que osara  
mi sospecha importuna  
poner en duda tu inocencia clara?
- MARIA. Quién te pudo inspirar... mas lo sospecho!  
una mujer inexorable, impia,  
la duda y el temor sembró en tu pecho.
- ROGER. Es verdad! es verdad!
- MARIA. Lo presumia!  
Mas por qué me aborrece?  
será porque te quiero y soy tu esposa?  
Mira! mira, Roger! ahora parece  
que soy yo la celosa!
- ROGER. (Oh, qué rayo de luz!)
- MARIA. Sin duda es eso;  
pero nada me importa, lo confieso.  
Eres padre, Roger, y estás ahora  
en el calor de mi cariño preso  
y mi voz te seduce y te enamora.  
Es imposible ya, fuera locura  
querer arrebatarme mi ventura!
- ROGER. Otro interés mayor...
- MARIA. Ó á todo precio  
ponerte quiere en rebelion abierta  
con el imperio.
- ROGER. Puede!
- MARIA. Y los alanos  
hoy mirados con ira ó menosprecio,  
volverian á ser nuestros tiranos.
- ROGER. Sí! sí! bien dices.
- MARIA. Se apagó su estrella  
ante la luz gloriosa de la tuya:  
su muerte y su baldon miran en ella,  
y acaso á sus rencores contribuya

- vuestra antigua querella.
- ROGER. Cierto: no digas mas.—Ves qué sencilla es la verdad?
- MARIA. Y nuestro error se empuña en eclipsarla más cuanto más brilla!
- ROGER. No solo esa mujer, sino un villano á quien abrí mi corazon, y ciego el nombre dí de hermano...
- MARIA. Alejo?
- ROGER. Él mismo me entregó este pliego.
- MARIA. Él, que te guarda singular cariño; él, que por tí se lanzará á la muerte y hasta el amor que me juró de niño por tí en respeto y sumision convierte?
- ROGER. Es él!
- MARIA. Sí: mi enemiga le ha engañado: no pensemos tal mal! me causa pena creer que es un malvado...
- ROGER. El que arrastró sumiso tu cadena.
- MARIA. Por qué no? del amor en los extremos se muestra siempre el corazon distinto, y en la infancia tenemos, para querer y odiar claro el instinto.
- ROGER. No conoces al mundo!
- MARIA. Triste ciencia que los arranques generosos calma! mal haya la experiencia que moderando la expansion del alma puede hacernos dudar de la inocencia!
- ROGER. Escucha; más que en el recelo mio, más que en mi corazon en tu fé creo. Á tu instinto leal mi vida fio: esta es mi voluntad y tu deseo.
- MARIA. Ah, Roger!
- ROGER. Pero basta...
- MARIA. Qué?
- ROGER. Ya es hora, y no quiero que espere un solo instante tu primo y mi señor.—Tiemblas?
- MARIA. Ahora tu recelo no más tengo delante.
- ROGER. Sí?



- MARIA. Y á medida que el momento avanza,  
no sé qué dudas...
- ROGER. El temor desecha.
- MARIA. Ha penetrado en mi alma tu sospecha!
- ROGER. Y en la mia tu noble confianza.  
—Adios!
- MARIA. Volverás pronto?
- ROGER. Estás llorosa?
- MARIA. Nada hay sin tí que á mi contento cuadre.  
—Pero ay! que ofendo á Dios! soy tan di-  
Vete, y si tardas, hallará la esposa [chosa!  
consuelo en las delicias de la madre.
- ROGER. Así te quiero.—Adios! (Váse por el fondo.)

### ESCENA IX.

MARIA, sola.

- MARIA. Partió y si es cierto  
que el corazon no engaña y que revela  
sucesos por venir; qué dice el mio?  
Duda! y la duda hiela  
con punzador y penetrante frio!

### ESCENA X.

MARIA, ALEJO por la derecha.

- ALEJO. Dónde está Roger? (Agitado.)
- MARIA. Mi esposo...
- ALEJO. Le tiene el emperador  
á su mesa! está perdido!
- MARIA. No puedo creerlo; no!  
mentira! mentira infame!  
quien ha merecido á Dios  
una corona, no puede  
cometer tan vil accion!
- ALEJO. No me cree! (Desesperado.)
- MARIA. Ya os lo he dicho.
- ALEJO. No sufrais nunca el dolor  
que me estais causando.
- MARIA. Alejo;  
ya lo veis: tranquila estoy.

(Alejo se acerca á la ventana, adonde se dirige también Maria.)

ALEJO. Venid; veis? por todas partes gente armada: en derredor del palacio, triple muro de hierro se levantó.

MARIA. Es cierto. (Con tranquilidad.)

ALEJO. Los turcomanos, obedientes á la voz de los traidores, invaden la ciudad en confusion.

MARIA. Qué importa?

ALEJO. No me ha entendido!

## ESCENA XI.

DICHOS y BERENGUER.

MARIA. Quién viene?

ALEJO. Llegad, Roudor!  
convenced á la princesa.

BERENG. Vuestro esposo?...

ALEJO. Despreció  
mi aviso.

BERENG. Desventurado!  
por todas partes la voz corre ya de que se intenta aquí nuestra destruccion. Los turcomanos anuncian con alegria feroz el cobarde asesinato.

MARIA. Quién lo oyó, Berenguer?

BERENG. Yo.

MARIA. Dios mio, me harán dudar de mi propio corazon!

BERENG. Mire Grecia lo que intenta, ó por siglos, juro á brios! se acuerda de Cataluña y sueña con Aragon.

MARIA. Cómo he podido fiarme de Miguel? qué necia soy! si es imposible que tenga

ni entrañas, ni ley, ni Dios!  
Infame! y de qué manera  
tan pérfida me engañó!  
Mas yo corro...

BERENG. Ya no es tiempo  
sino de vengarnos: voy  
á dar el aviso de esta  
indigna maquinacion.

MARIA. Cómo?

BERENG. Como estamos ya  
con recelo, se pensó  
en una señal que diera  
aviso de la traicion.

MARIA. Y de qué modo?...

BERENG. En la torre  
frontera del Salvador  
doce campanadas...—Corro.

MARIA. Berenguer: todavía no.  
Á la sala del festin  
voy; si tuvieran valor  
para consumir el crimen  
estando presente yo;  
veis esa ventana? está  
frente á la torre.

BERENG. Una voz...

MARIA. Aguardad: si en ella brilla  
de una luz el resplandor,  
es señal de que mi horrible  
desgracia se consumó.

BERENG. Voy á esperar la señal.

(Váse por el fondo, derecha.)

MARIA. Y yo á estorbar la ocasion.

## ESCENA XII.

ALEJO, luego GIRCON por el fondo, izquierda.

ALEJO. Yo no puedo ni aun vengarle,  
que adivino el matador.

—Mas si lograra Maria  
con su llanto, con su voz,  
con su hermosura, inspirar

á esos hombres compasion!...

Jurara que allá en la sala  
del festin... me engaño? no!

(Acercándose á la puerta del fondo y aplicando el  
oído.)

oigo voces! son de gozo,  
de cólera, ó de qué son?

—Mi padre! (viéndole salir.) Qué significa  
ese lejano rumor?

GIRCON. Que está deshecho el encanto.

ALEJO. El crimen se consumó!

GIRCON. Se consumó mi venganza:  
ya está sin mancha mi honor.

Lo que tu acero no pudo,  
este mio lo acabó.

ALEJO. Apartaos!

GIRCON. Huyes de mí?

ALEJO. Si, padre! me dais horror!

MARIA. (Dentro.) Traicion!

GIRCON. Aquí la princesa!

ALEJO. Huid.

MARIA. Infame traicion! (Lo mismo.)

ALEJO. Apartaos! tened al menos  
lástima de su dolor.

(Gircon se retira adonde está la ventana.)

### ESCENA XIII.

DICHOS y MARIA, que sale por la izquierda pálida y dominada  
por el terror.

ALEJO. Ah!

MARIA. Desoí tu consejo:  
murió mi esposo y tu hermano.  
Qué infame acero! qué mano  
le ha herido?—Venganza, Alejo!

—No mata el mayor afan  
ni el dolor, puesto que existo.

ALEJO. Desgraciada! le habeis visto?

MARIA. Ni ese consuelo me dan.

Hallé las puertas cerradas:  
sin embargo, á mis oidos

llegaron sordos gemidos  
y lúgubres carcajadas.  
De aquella sangrienta escena  
la confusion se adivina.  
«Muera la gente latina!»  
es el grito que resuena.  
Y luego, de terror presa,  
oí un eco vago, incierto,  
qué decía: «Ha muerto! ha muerto!  
ay desdichada princesa!»  
Quise entonces compartir  
su suerte!

ALEJO. (Pobre Maria!)

MARIA. Yo, por mí... yo moriria!  
pero no debo morir.  
—Ah! Grecia! Grecia! hoy acaba  
tu vida con esa vida!  
serás de Dios maldecida!  
serás miserable esclava!

ALEJO. Señora!

MARIA. Y querrás en vano  
salir de tu infame abismo!  
cómo podrás, si Dios mismo  
te ha dejado de su mano?  
Griegos, vestid los arneses,  
que ahora empiezan los horrores!  
—Roger! nuestros vengadores  
serán tus aragoneses.

ALEJO. Muerto Roger, qué esperanza  
nos queda ya?

MARIA. Yo no cejo.  
Qué! no me entendeis, Alejo?  
quiero venganza! venganza!

ALEJO. De quién?

MARIA. De su matador.

ALEJO. En él mi espada no corta.

MARIA. Es Gircon!—Pues bien! no importa!

á mí me sobra el valor.

(Coge la luz y se dirige á la ventana donde descubre á Gircon, que retrocederá á medida que ella avanza.)

Gircon aqui?

- GIRCON. (Qué pretende?)  
MARIA. Sangre destila esa espada!  
sangre veo en la mirada  
con que mi cólera enciende!  
No quiera Dios que el malvado  
goce en su crimen!  
(Avanzando hácia la ventana.)  
ALEJO. Señora!  
(Llega Maria á la ventana y levanta la luz.)  
GIRCON. Qué es eso?  
MARIA. Qué?  
(Un momento de silencio: despues se oye la campana del Salvador.)  
Que la hora  
del esterminio ha llegado!

#### ESCENA XIV.

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

- MIGUEL. Gircon: la venganza ofrece  
á tu ira fácil camino.  
Sorprende el campo latino!  
la noche nos favorece.  
MARIA. Sorprender! empresa vana!  
MIGUEL. Cómo?  
MARIA. Como saben ya  
que la fé quebrada está.  
Qué te dice esa campana?  
Ese tañido veloz,  
de mis iras mensajero,  
va á despertar el acero  
del almogávar feroz.  
MIGUEL. Cierto? esa señal extraña  
anuncia?...  
MARIA. Pregunta necia!  
Anuncia el fin de la Grecia!  
anuncia el rencor de España!

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

## ACTO CUARTO.

---

Interior de la ciudad de Apros, con muro al frente, de poca altura, y una plataforma anterior, á la que se sube por tres ó cuatro gradas de piedra. Á la derecha, en el fondo, y ocultándose en su mayor parte, el castillo que defiende la ciudad: á uno y otro lado del teatro, casas aisladas, que forman calles entre sí. Al levantarse el telon, estará Alejo subido en la plataforma y recostado sobre el muro. Perich de Naclara sale por la derecha recatándose, y se dirige hácia la plataforma. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

ALEJO, NACLARA.

ALEJO. ¿Quién vá?

NACL. ¿Quién es?

ALEJO. El que oculta  
la cara con tal misterio,  
es traidor ó es enemigo.

NACL. Enemigo? hay algo de eso:  
traidor jamás.

ALEJO. Yo conozco...

—Perich de Naclara!

NACL. Alejo!

ALEJO. Tú aquí?

NACL. Con mayor razon

- preguntártelo yo puedo,  
que ha mucho que no te he visto  
por allá. Estás prisionero?  
dímelo y te llevaré.  
—Está cerca el campamento.
- ALEJO. Ya sabes que no he nacido  
español: cumplí mi empeño  
y abandoné tus banderas.
- NACL. Ah! ya! pero no eres griego.
- ALEJO. No.
- NACL. En ese caso, aunque seas  
genovés... te lo consiento.
- ALEJO. Pero cómo habeis podido  
quedaros en este suelo  
enemigo?
- NACL. Aunque quisiera  
alguno, que no queremos,  
no hay retirada posible,  
sino morir como buenos.
- ALEJO. Por mar...
- NACL. Echamos á fondo  
las galeras desde luego,  
que fué decisión honrada!  
*y á no subirnos al cielo,  
ó arrojarnos á la mar,  
ó descender al infierno,  
no hay sino morir matando  
hasta soltar el pellejo* <sup>5</sup>.
- Y lo daremos con gusto;  
mas por esta vez no hay miedo,  
que son pocos y cobardes.
- ALEJO. Pocos dices?
- NACL. Ya lo creo.
- ALEJO. Doce mil hombres.
- NACL. No mas?
- Nosotros, tres mil, ó menos.  
Pero es tan grande el pavor  
que les ha entrado en el cuerpo,  
que con solo oír el grito  
de Aragon! ya estan corriendo.
- ALEJO. Y á qué has venido?
- NACL. Á matar



- á un hombre; á explorar el pueblo,  
y el número de soldados.
- ALEJO. Y qué has visto?  
NACL. Mucho y bueno.
- En primer lugar, está  
el emperador con ellos,  
lo cual ha de estimular  
el apetito á los nuestros.  
Sé tambien que no han llegado  
todas las tropas: el grueso  
está á tres leguas de aquí.  
—Tres leguas! ya ves!
- ALEJO. No es lejos,  
y en breve...
- NACL. Yo te aseguro  
que no les daremos tiempo.
- ALEJO. Y qué más has visto?  
NACL. He visto  
que es fácil ganar el cerro  
donde está el castillo: un paso  
he hallado.
- ALEJO. Perich! ¡lo siento!  
pero has visto demasiado  
para no quedarte ciego.
- NACL. Es chanza?
- ALEJO. No, por desdicha.
- NACL. Me quieres explicar eso?  
ALEJO. Soy tu enemigo.
- NACL. Enemigo!  
pues no me has dicho?...
- ALEJO. Y no miento:  
soy alano.
- NACL. Si? pues voy (Desenvainando.)  
á matarte como á un perro.
- ALEJO. No sabes cuánto me duele  
reñir contigo! (Lo mismo.)
- NACL. Lo creo!  
yo tambien lo siento mucho;  
pero es preciso, y á ello.  
(Hacen ademán de arremeterse.)
- ALEJO. Espera.
- NACL. Qué quieres?

- ALEJO. Dime:  
la princesa, qué se ha hecho?
- NACL. Quién! la princesa Maria?  
no debe de andar muy lejos.
- ALEJO. Dí!
- NACL. No sé; mas no hay jornada  
que no presencie, ni incendio  
ni accion...—Parece que huele  
la sangre como los cuervos!  
Y al verla llevar el luto  
por el que fué nuestro dueño,  
se enciende en los corazones  
de la venganza el deseo.  
Y no faltará; imposible!  
hoy es el día supremo  
de la expiacion. Aun no habrá  
rayado el sol en el cielo,  
cuando poblará los aires  
el cántico de San Pedro,  
y esos campos espantados  
oirán el «*despierta, hierro!*»  
Gran día va á ser!
- ALEJO. Perich!
- NACL. lo malo es que no has de verlo.  
Cómo?... Ah! ya! pobre muchacho!  
lo peor es que en dos credos  
voy á despachar tu asunto.  
—Empezamos?
- ALEJO. Empecemos.  
(Cuando van á acometerse, sale Maria por la izquierda. Al reconocerla, bajan uno y otro las espadas.)

## ESCENA II.

MARIA, ALEJO, NACLARA.

- MARIA. Alto, Alejo! alto Naclara!
- NACL. Qué voz es esa?
- ALEJO. Maria!
- MARIA. Sí.
- NACL. Cuando yo lo decia!  
imposible es que faltara.

MARIA. Sí, Perich! tienes razon:  
hoy menos que nunca puedo  
faltar á vuestro denuedo,  
hoy, dia de expiacion.  
Vete y á tu gente inflama  
con mi queja lastimosa!  
venganza os pide una esposa,  
y una madre, y una dama.  
Para eso dejé mi encierro:  
ea! ministros de la muerte!  
suene el clarin, y despierte  
del almogávar el hierro!  
pelead mientras yo envio  
mi queja al Juez de los jueces!  
mientras dirijo mis preces  
por el muerto esposo mio.

ALEJO. Señora! es justo el dolor  
que sentis; pero ese hombre  
ó muere, ó me deja el nombre  
y la mancha de traidor.  
—No estorbeis este combate,  
señora!

MARIA. Que no os he dicho.

NACL. Tambien es fuerte capricho  
empeñarse en que lo mate!

MARIA. Abajo el hierro!

ALEJO. Es estrecho  
el deber.

NACL. No huyo la cara.

MARIA. Entre ese acero y Naclara  
siempre encontrareis mi pecho.

NACL. Es mengua de mi valor,  
señora, y no lo permito.

MARIA. Perich!

NACL. Yo no necesito  
corazas de ese valor.

La de mal curtido cuero  
que llevo, y sin espaldar!  
no la ha podido horadar  
villano ni caballero.

Su dureza no la abona  
contra lanza ó cintarazo:

- lo que la abona es el brazo  
que defiende á mi persona.
- ALEJO. Dios sabe que con dolor  
le hiriera.
- NACL. Lo mismo digo.  
Le matara como amigo:  
con fé, pero sin rencor.
- ALEJO. Vuestra presencia le valga.
- NACL. No te estoy por la mereced  
obligado.
- ALEJO. Pero haced  
que luego del muro salga.  
—Lo hareis?
- MARIA. Saldrá: yo os lo fio,  
y adios!
- ALEJO. Adios! (Ay, memorias  
de aquellas pasadas glorias!  
dormid en el pecho mio!) (Váse.)

### ESCENA III.

MARIA, NACLARA.

- MARIA. Dí, Pedro: cómo has entrado  
aquí?
- NACL. Si me dais licencia...
- MARIA. El valor no es la imprudencia.
- NACL. Os diré lo que ha pasado.  
Esta noche, estando yo  
dormido en mi pobre ruedo,  
sentí un hombre que muy quedo  
hasta mi lado llegó.  
Echéle un taco, y no flojo.  
Los soldados, ya se vé!  
nos acostamos de un pié  
y nos dormimos de un ojo.  
«Silencio!»—con ademan  
misterioso y voz severa  
murmuró aquel hombre, que era  
Berenguer, mi capitan.  
En el fiero regocijo  
que su rostro iluminaba,

casi ví lo que pensaba.

—«Levántate y ven!» me dijo.

«Una hazaña peligrosa intento; pero son breves los instantes: dí, te atreves?»

—Preguntarme á mí tal cosa!

Ya andando, le pregunté:

«Y qué es?—Matar al villano que puso traidora mano en el que tu dueño fué.

—Hablarais para mañana!»

—Maté al sueño de un bostezo, y llegamos sin tropiezo al pié de una barbacana.

Dormian como unos santos los guardas, por nuestro bien, y á este quiero, á este tambien, despachamos no sé cuántos.

Viendo que tan á man salva el proyecto facilita

la suerte, nos dimos cita para aquí y antes del alba.

Desesperado de hallar á mi hombre, al muro volví:

me hallé con Alejo aquí, y nos quisimos matar.

No era grande este deseo ni el encono entre los dos:

qué diablos! vinisteis vos, y mediasteis, y... *laus Deo!*

MARIA. Vuélvete á tu campó: estás libre ya.

NACL. No puede ser: yo dejar á Berenguer en el peligro? Jamás!

MARIA. Vete, digo.

NACL. Y si perece en la empresa?

MARIA. Yo lo mando.

NACL. Sin embargo...

MARIA. Desde cuándo

Naclara no me obedece?

- Yo del capitán, la vida  
y la libertad protejo.
- NACL. Mirad, señora, que dejo  
mi fama comprometida.
- MARIA. Alguien se acerca!
- NACL. Testigo  
sois de que el campo abandono  
sin voluntad.
- MARIA. Yo te abono.
- NACL. Adios. (Se dirige al muro.)
- MARIA. Él vaya contigo.  
—Pero por dónde?... estás ciego?  
(Viendo que se ha subido al muro y pretende descol-  
garse por él.)
- NACL. Ya veis.
- MARIA. El muro es tan alto!
- NACL. He dado yo cada salto  
mas peligroso!...—Hasta luego.  
(Se deja caer del otro lado: Maria ha subido á la  
plataforma y se asoma al muro.)
- MARIA. Perich! Perich! (Con voz baja.) La esplanada  
corriendo atraviesa.—Ya era  
(Mirando á la izquierda.)  
tiempo.—Con gente tan fiera,  
se puede dudar de nada?  
(Se dirige por la misma plataforma hácia la derecha,  
hasta desaparecer. Inmediatamente despues, salen  
por el lado opuesto, Miguel, Gircón y algunos Guar-  
dias.)

#### ESCENA IV.

MIGUEL, GIRCÓN y GUARDIAS.

GIRCÓN. Vos levantado á estas horas?  
vos, esquivando el tranquilo  
sueño?

MIGUEL. Qué mucho, si sabes  
que de todos desconfio?

GIRCÓN. De todos?

MIGUEL. No te lo niego:  
de todos... y de mí mismo.

- GIRCON. Qué temeis? cuando haya alguno,  
está lejano el peligro.
- MIGUEL. Y si te engañas?
- GIRCON. Pues qué  
podemos temer?
- MIGUEL. Me han dicho  
que está ya sobre nosotros  
el campo de los latinos.
- GIRCON. Imposible! y harto harán  
en resistir nuestro brio  
tras de los cerrados muros  
de Galípoli.
- MIGUEL. Delirio!  
No conoces á esa gente,  
Gircon! tú no los has visto  
en los dias de batalla,  
para ellos de regocijo.
- GIRCON. No digo que no: valientes  
serán; pero reducidos  
por los frecuentes combates  
á número tan exíguo,  
qué pudieran intentar?
- MIGUEL. Abreviarnos el camino.

### ESCENA V.

DICHOS y ALEJO.

- ALEJO. Señor?
- MIGUEL. Qué es eso?
- ALEJO. Que estamos  
poco menos que vendidos.  
Espías de los contrarios  
dentro del muro se han visto.
- MIGUEL. Gircon: recorre los puestos:  
manda á tus más atrevidos  
guerreros á descubrir  
si hay en el campo enemigos.
- GIRCON. Voy, señor. (Váse por la derecha.)
- MIGUEL. Tú los conoces:  
que opinion tienes?...
- ALEJO. Opino

que aunque son pocos, son buenos.  
MIGUEL. Nos esperarán?  
ALEJO. De fijo.  
MIGUEL. Eso creo. (Sale Gireon.)  
GIRCON. Nuestra gente,  
gran señor, ha sorprendido  
á un hombre.  
MIGUEL. Quién es?  
GIRCON. Miradle.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS y BERENGUER conducido por algunos SOLDADOS.

MIGUEL. Aquí Berenguer?  
BERENG. El mismo.  
MIGUEL. Tú armado contra mí?  
BERENG. Pues!...  
de qué os admirais?  
MIGUEL. Me admiro  
de que te llames hidalgo.  
BERENG. Y quién duda, vive Cristo?...  
MIGUEL. Recuerdas del Salvador  
la torre? <sup>6</sup>  
BERENG. Nunca la olvido.  
MIGUEL. Berenguer: un hombre osado,  
agraviando á un enemigo  
poderoso, mereció  
el perdon de su extravio.  
Pudo arrancarle mil veces  
la existencia, el ofendido:  
mas de su valor prendado,  
«vete en buen hora!» le dijo.  
Es noble, dime, volver  
agravios por beneficios?  
BERENG. Oidme: cierto hombre honrado,  
en la casa de un amigo,  
—amigo falso!— dormia  
en paz: es decir, tranquilo.  
Nunca pudo imaginar  
que allí existiera peligro,  
donde era todo alegría,



y protestas de cariño.  
El falso amigo, una noche,  
blandiendo un puñal, le dijo:  
«Ya ves! no tienes defensa!  
puedo matarte: eres mio.  
Sin embargo, te perdono,  
y, ó quedas agradecido  
á mi buena accion, ó eres  
cuatro dedos mas que un pícaro.»  
Y ahora digo yo: no debe  
agradecerse á sí mismo  
ese hombre, que no le llame  
su conciencia mi asesino?  
Pues si á todos los mortales  
que á traicion no me han herido  
debo gratitud!... Qué diablos!  
pues en qué mundo vivimos?

MIGUEL. Y ahora, dí?

BERENG.

Ya es otra cosa:

vine aquí como enemigo  
á cortar una cabeza (Mirando á Gircon.)  
ó á morir.—Yo juego limpio!  
Hemos echado aquí un lance  
de azar, y yo lo he perdido:  
cobrais, y en buena moneda.  
Estamos en paz.—He dicho.

MIGUEL. Es decir, que te parece  
justo mi rigor.

BERENG.

Justísimo.

MIGUEL. De modo, que si hoy quisiera  
salvarte...

BERENG.

No, por Dios vivo!

eso era atarme las manos  
cuando mas las necesito.

MIGUEL. Para qué?

BERENG.

Para mataros.

MIGUEL. Gircon: me encanta ese brio! (Ap. á Gircon.)

—Fieros son los de tu tierra!

BERENG.

Todavía no habeis visto

la mitad...—Nuestra memoria  
vá á quedar aquí por siglos.

—Hoy, cuando quieren las madres

amedrentar á sus hijos,  
con nombrarnos solamente  
lo tienen ya conseguido.  
«Venganza de catalanes  
te alcance!» Tal es el grito,  
la maldicion con que ahora  
se saluda á un enemigo.

MIGUEL. Pues bien! ha llegado el dia  
en que de tantos delitos  
vengue á mis pobres vasallos,  
cansados ya de sufriros.  
Venganza fiera, implacable,  
piden con hondo quejido  
las ciudades asoladas;  
los campos en sangre tintos.  
Echadle desde el mas alto  
torreon de ese castillo,  
y á los suyos nuncio sea  
de su próximo exterminio.

### ESCENA VII.

DICHOS y MARIA.

MARIA. Bien haces, Miguel.

MIGUEL. Maria!

MARIA. No le perdones, te digo:  
es un hombre, y no otro agravio  
es de tu saña el motivo.  
Le matas porque le temes!

MIGUEL. Temer!

MARIA. Si, mi imperial primo!

y porque tiembla un cobarde

(Mirando á Gircon.)

de que á matarle ha venido.

Del valiente aprisionado

quién osa romper los grillos?

Nadie! no!—Por si te importa,

ahí tienes un asesino. (Señalando á Gircon.)

No manchará sus blasones,

que asesinar es su oficio;

mas por la espalda, que tiene

- el rencor, asustadizo.
- GIRCON. Señor! señor! si la fé,  
si la lealtad con que os sirvo  
merece una recompensa...
- MIGUEL. Qué pides?
- GIRCON. Á ese hombre os pido.
- MIGUEL. Ahí le tienes.
- GIRCON. Libre salga.
- BERENG. Mas sin ningun requisito  
ni condicion?
- GIRCON. Que en el campo  
has de encontrarte conmigo.
- BERENG. Nada más?
- GIRCON. Eso me basta.  
—La admites?
- BERENG. Que si la admito?  
qué pregunta! pues qué vine  
á buscar en este sitio?
- GIRCON. Qué señal?...
- BERENG. Sin la celada  
saldré al campo.
- GIRCON. En tal bullicio...
- BERENG. Somos tan pocos, que de una  
mirada estamos ya vistos.
- GIRCON. Te hallaré: vete.—Acompaña (Á Alejo.)  
al capitán, hijo mio.
- BERENG. Tú!... (Reconociendo á Alejo.)
- ALEJO. VAMOS. (Con gravedad.)
- BERENG. (Cómo es que tiene  
tal mal padre tan buen hijo!)  
(Váse Berenguer por la izquierda precedido de Alejo.)

### ESCENA VIII.

MARIA, MIGUEL y GIRCON.

- GIRCON. Otra gracia os pido.
- MIGUEL. Cuál?
- GIRCON. Que, guardando la muralla,  
no salga Alejo á batalla.
- MIGUEL. Qué temes?
- GIRCON. Temo gran mal.

- MIGUEL. Y es?...
- GIRCON. El reto presenció.
- MIGUEL. Cierto.
- GIRCON. Mi temor es ese:  
no quiero que se atravesie  
entre mi enemigo y yo.
- MIGUEL. No saldrá: yo te lo fio.
- GIRCON. Gracias!—Ya vereis, princesa,  
que para mayor empresa  
que asesinar, tengo brio.

### ESCENA IX.

MARIA, MIGUEL.

- MIGUEL. Maria; qué es esto, di?  
qué venida inesperada...
- MARIA. No es cierto que una jornada  
sangrienta, se espera aquí?
- MIGUEL. Y qué buscas?
- MARIA. El tributo  
acostumbrado.
- MIGUEL. Eso es nuevo!
- MARIA. Á cada combate, llevo  
con menos dolor mi luto.  
Yo presencié los reveses  
que mis airados hermanos  
han causado á tus alanos  
y griegos y genoveses.  
Yo, del Dios de las venganzas  
guñada tal vez, yo he visto  
de Recrea y de Redisto  
las espantosas matanzas.
- MIGUEL. Ha de ser tu odio invencible,  
Maria?
- MARIA. Qué puedo hacer,  
mientras no olvide á Roger,  
y olvidarle es imposible?  
Y á su hijo, cuyo destino  
en vela siempre custodio,  
yo le educaré en el odio  
de su cobarde asesino.

Él sabrá cómo acrisolas  
de tu estirpe el blason puro,  
cuando le tenga seguro  
en regiones españolas.  
Y cuando su esclarecida  
estirpe, saber intente,  
yo le diré:—«Hay hacia Oriente  
una nacion corrompida,  
nacion pérfida, cristiana  
en nombre, más no en la fé,  
que gemia bajo el pié  
de la raza musulmana.  
Su rey lloraba, con ciego,  
más con impotente encono,  
viendo cercado su trono  
por lagos de sangre y fuego.  
Y tan cerca tuvo un día  
del tureo el temido azote,  
que desde su lecho, el trote  
de los caballos oía.  
Pero al fin, de esta nacion  
los mutilados pedazos  
de un hombre en los fuertes brazos  
hallaron su salvacion.  
Llegó este hombre: la eclipsada  
de Dios verdadera luz,  
brilló otra vez en la cruz  
de su vencedora espada.  
Pero pasado el temor,  
vencidos los enemigos,  
esos que fueron testigos,  
y no más, de su valor,  
viendo en su gloria una ofensa,  
—que merecerla no osaron,  
—de noche le asesinaron  
descuidado y sin defensa.  
Hijo! á Dios así le plugo,  
y de esos dos hombres vienes!  
sangre á un mismo tiempo tienes  
del mártir y del verdugo.  
Y hoy otra vez el monarca  
perdiendo tanta conquista,

se estremece, y con la vista  
su mermado imperio abarca:  
y otra vez ve á sus vasallos  
del turco bajo el azote,  
y oye como antes el trote  
de sus feroces caballos.

MIGUEL. La que á su patria desprecia,  
baldon es de sus mujeres:  
por eso te infaman, y eres  
escándalo de la Grecia.

Las madres que sin reposo  
gritos de dolor exhalan,  
á sus hijas te señalan  
como ejemplo vergonzoso.

MARIA. No lloraban cuando yo,  
hecho el corazon pedazos,  
perdí los tiernos brazos  
del dueño que Dios me dió!  
que celebraron... lo sé!  
con fiestas y luminarias,  
las escenas sanguinarias  
en que manchaste tu fé.  
Qué villanos regocijos!

MIGUEL. Tú de tu patria reniegas!

MARIA. Nunca nacieran las griegas  
para tener tales hijos!

MIGUEL. Quién desdeña, quién no ama  
á la tierra generosa  
de Leonidas? y hay quien osa  
poner en duda su fama!

MARIA. No! la historia la atestigua;  
mas cómo á invocar se atreve  
esta Grecia indigna, aleve,  
los recuerdos de la antigua?  
De esas madres no respondas,  
jueces del honor ajeno;  
ninguna llevó en su seno  
Leonidas ni Epaminondas.  
Y hasta el pueblo que encadenas,  
á pesar de su ignorancia,  
sabe que hay mucha distancia  
de Constantinopla á Atenas.

MIGUEL. Y cómo su cautiverio  
sufre?

MARIA. Porque no se hermana  
la virtud republicana  
con el fango de tu imperio.  
Ya no quedan ni aun indicios  
de ese pueblo; no lo dudes.  
—Hay épocas de virtudes;  
pero hay reinados de vicios.

MIGUEL. Mas tú, en fin, dónde has nacido?

MARIA. En los brazos de Roger.  
La patria de la mujer  
es el amor del marido.  
Y más la que consiguió  
en él tantas dichas juntas.  
Tú, Miguel, tú me preguntas  
dónde mi vida empezó?  
—En la gloria de sus hechos,  
en su cariño aquí fijo;  
en su grandeza! en el hijo  
que he alimentado á mis pechos.  
(Empieza á amanecer.)

## ESCENA X.

DICHOS, GIRCON y ALEJO.

MIGUEL. Qué hay, Gircon?

GIRCON. El enemigo!

MIGUEL. Está cerca?

GIRCON. Á la verdad,  
tan cerca, que hasta se puede  
sus capitanes contar.

MIGUEL. Ya lo ves!

GIRCON. Mas de rodillas,  
y al cielo vuelta la faz,  
el cántico de San Pedro  
á coro entonando estan.

(Maria, durante esta relacion, sube á la plataforma,  
procurando descubrir el campo. Poco despues des-  
aparece de la escena.)

Imploran vuestra clemencia,  
ó es que resignados ya

- se disponen á morir  
negándose á pelear?
- MIGUEL. Gircon! Gircon! ya te he dicho  
y muy luego lo verás,  
que tu desden es injusto  
y aun puede serte fatal.  
Prepárate á conocerlos  
de cerca.
- GIRCON. Vamos allá.
- Qué me ofrecisteis? (Ap. á Miguel.)
- MIGUEL. Alejo!  
ven aqui.
- ALEJO. Qué me mandais?
- MIGUEL. La suerte de los combates  
es varia: por si un azar  
cualquiera, nos acontece,  
tú nos guardas la ciudad.
- ALEJO. Qué decis? yo...
- MIGUEL. Te lo mando.  
Quien no intenta asegurar  
la retirada, no cumple  
el deber de capitan.
- ALEJO. Pero...
- MIGUEL. Basta.

## ESCENA XI.

ALEJO, luego, IRENE.

- ALEJO. No ha podido  
un tormento imaginar  
más crüel! (Con abatimiento.)
- IRENE. Alejo! Alejo!  
qué es eso? por qué ese afan?  
tú en un dia de combate...
- ALEJO. Tengo miedo! lo creerás?
- IRENE. Por qué?
- ALEJO. Mi padre ha retado  
á combate singular  
á Berenguer de Roudor,  
y pronto se encontrarán.  
Y no estoy allí! amarrado



á la cadena fatal  
de mi obligacion, no puedo  
proteger su ancianidad.

Yo defender estos muros! (Con desesperacion.)  
no soy griego, y ademas,  
si pierdo á mi padre, qué  
me resta ya que guardar?

IRENE. Temes!... está acostumbrado  
á vencer, y vencerá!  
quién lo duda?

ALEJO. Mi desdicha.

IRENE. Yo no me abato jamás.

(Desde la plataforma.)

Mira con qué gallardia  
los nuestros corriendo van  
á su encuentro! ya se ha dado  
de arremeter la señal.

ALEJO. Gran Dios!

IRENE. Breve es el espacio  
que los separa.

ALEJO. Qué más?...

IRENE. Nada mas veo: entre el polvo  
que el revuelto galopar  
de los caballos, levanta,  
solo el pendon imperial  
veo que avanza, llevando  
los escuadrones detras.

ALEJO. Esos hombres... (Irene baja.)

IRENE. Qué se ha hecho  
de tu valor? si es verdad  
que son de hierro, tambien  
el hierro suele quebrar.

(Aparece por el fondo Maria, llena de ansiedad.)

## ESCENA XII.

DICHOS y MARIA.

IRENE. Aqui Maria?

ALEJO. (Sedienta

de nuestra desdicha, viene.)

IRENE. Maria!

MARIA. Sois vos, Irene?

ALEJO. Esta ansiedad me atormenta!  
(Se dirige al muro.)

IRENE. Yo soy.

MARIA. Largo tiempo hacia,  
desde que dejó la esposa  
mas feliz, de ser dichosa,  
Irene, que no os veia.

IRENE. Perdon, señora!

MARIA. De qué?  
murió Roger, y su muerte  
en amigas nos convierte.

IRENE. Es que le amaba!

MARIA. Lo sé.

IRENE. Y no me odiais?

MARIA. No: testigos  
son los cielos!—Si eso hiciera,  
con qué derecho pudiera  
odiar á sus enemigos?

IRENE. Qué buskais aquí? mirad  
que la batalla trabada...

MARIA. Eso busco.

IRENE. Desgraciada!

MARIA. Muy desgraciada: es verdad.  
Pobre víctima de engaños  
y culpables desvarios,  
contrarios llamo á los míos  
y amigos á los extraños.

IRENE. Es posible!

MARIA. Y si mis ruegos  
oye Dios, será este día  
tan feliz para Maria  
como fatal á los griegos.

IRENE. Oh, no! si esta vez altivos  
combaten!...

ALEJO. Irene, calla!  
aun no empieza la batalla  
y ya vienen fugitivos!

IRENE. Cobardes!

ALEJO. Vé lo que dices.

MARIA. Y por qué? si eso es verdad?  
Quédese la vanidad

- para las almas felices.
- ALEJO. Irene!
- IRENE. Qué?
- ALEJO. La victoria  
por nosotros se declara!
- MARIA. El cielo nos desampara!
- IRENE. Día de eterna memoria!
- MARIA. Os alegráis!
- IRENE. Ah, perdon!  
es mi tribu, son mis gentes,  
mis amigos, mis parientes!
- MARIA. Es verdad: teneis razon.  
No oculteis vuestro alborozo:  
campo dad á la alegría  
y al bien que el cielo os envia!  
que dicen que mata el gozo.
- IRENE. Quiero ocultarlo y no puedo!
- ALEJO. Calla, Irene! me engañaba,  
ó son los nuestros?...
- IRENE. Acaba!
- ALEJO. Tengo de decirlo miedo.  
La escasa luz de la aurora  
me ofusca, y...
- IRENE. Recelos vanos!
- ALEJO. Se desbandan los alanos:  
no puedo dudarlos ahora.
- IRENE. Mientes! mientes!
- ALEJO. Oh! no!
- IRENE. Mientes!
- ALEJO. Ay, hermana! en vano esperas!  
puedo contar sus banderas!
- IRENE. Vencidos!
- ALEJO. Son nuestras gentes.
- MARIA. Ah! (Con alegría.)
- IRENE. Os alegráis!
- MARIA. Si: ya veo  
que vos...—Perdonad, Irene;  
pero aquí cada cual tiene  
su temor y su deseo.
- IRENE. Que extranjeros son, olvida  
sin duda, los vencedores!
- MARIA. Pero son los vengadores

- del hombre que fué mi vida.  
ALEJO. Qué es esto?  
IRENE. Vienen? son ellos?  
Tus dudas me martirizan!  
Habla!  
ALEJO. ¿No ves que se erizan  
con el terror, mis cabellos?  
IRENE. Pero qué has visto?  
ALEJO. Sobre haces  
de rotas lanzas, cubierto  
de banderas, traen á un muerto.  
IRENE. En matarme te complaces.  
—Quién es? quién es? (Dirigiéndose al muro.)  
ALEJO. Trae la faz  
lívida y ensangrantada;  
pero el escudo y la espada...  
—Padre! (Cae de rodillas.)  
IRENE. Es él. (Apoyándose en el muro.)  
LOS DOS. Dios te dé paz!  
MARIA. Haced que mis emociones  
pueda ocultarles, señor!  
que no insulte yo el dolor  
de esos pobres corazones!  
ALEJO. Ven, Irene! cariñosa  
y única familia mía!  
ven!  
IRENE. Oh, día infausto!  
(Ván se los dos por la derecha )

### ESCENA XIII.

MARIA, luego MIGUEL.

- MARIA. Oh, día  
feliz! aurora gloriosa!  
tú coronas la campaña  
mas grande que ha visto el mundo.  
Campo es la Grecia, fecundo  
en laureles para España.  
—Miguel!  
MIGUEL. Calla.  
MARIA. Fugitivo,

- roto, vencido!... ¿no es cierto?
- MIGUEL. Mil veces me juzgué muerto,  
y aun no creo que estoy vivo.  
Quién presta el feroz empuje  
á esa arrogante milicia?
- MARIA. La espada de su justicia  
que sobre tu frente cruje.
- MIGUEL. Tal vez!
- MARIA. Tu traicion la inflama.
- MIGUEL. Tal vez!
- MARIA. Y atando tus manos  
extermina á tus alanos  
y nuestra sangre derrama.  
Implacable como yo,  
cuando contricion sintieras;  
cuando perdon le pidieras,  
te diria... no! no!... no!
- MIGUEL. Calla! ya vengo vencido,  
Maria! tus iras calma.
- MARIA. Tengo tu infamia en el alma.
- MIGUEL. No digas más! vengo herido!  
(Maria, desarmada, se dirige á él manifestando interés.)
- MARIA. Tú herido? tú, emperador,  
peleando entre los buenos!  
—Bien! bien! tienes á lo menos  
una virtud: el valor.
- MIGUEL. Con ira esgrimí el acero:  
prodigios hice en abono  
del decoro de mi trono  
y el honor del caballero.  
Todo inútil, todo en vano:  
quién su saña contraresta,  
si la justicia les presta,  
el aliento sobrehumano?
- MARIA. Lo conoces?
- MIGUEL. Por mi mal!  
—Pero vengo perseguido!
- MARIA. Cierto.
- MIGUEL. Un momento perdido  
podiera serme fatal.
- MARIA. Huye.

MIGUEL. Aun está mi pendon  
en el castillo.

MARIA. Quimera!  
—Huye! no ves la bandera  
de don Jaime de Aragon?  
no distingues sus caudillos?  
—Aunque por los campos yerres,  
vete de aquí: no te encierres  
en ciudades ni en castillos.  
—Vete!

MIGUEL. Adios! (Váse por la derecha.)

MARIA. Pero á caballo,  
(Hablando hácia dentro.)  
que se acercan, oigo el ruido!  
No fies de hombre nacido,  
ni enemigo ni vasallo. (Baja á la escena.)  
—Roger! tu asesino muerto,  
tu enemigo castigado!...  
quieres más? ya estás vengado!  
ya estás contento! no es cierto?  
(Grites dentro algo lejanos.)

DENTRO. Aragon! Aragon!

MARIA. Dí;  
no es verdad que tú conoces  
esas placenteras voces  
que van volando hácia tí?  
(En este momento salen por la izquierda y asaltando  
el muro por diferentes puntos los almogávares, tra-  
yendo á su frente los estandartes de Aragon y Sici-  
lia, y en medio de estos, otro con la imagen de San  
Pedro.)<sup>9</sup>

### ESCENA XIV.

MARIA, en medio de la escena: BERENGUER de ROUDOR, PERICH  
de NACLARA, CAPITANES y SOLDADOS.

BERENG. Aragon!

MARIA. Bien, Berenguer!  
gracias!

BERENG. Satisfecho quedo.  
Hoy sí que deciros puedo:

«Hemos vengado á Roger.»

MARIA. Cierto.

BERENG. Si mira á la tierra,  
verá un castigo ejemplar.  
—En sangre puede nadar  
el atahud que lo encierra.

MARIA. Bien habeis cumplido, hermanos  
de aquel varon noble y fuerte!  
habeis cansado á la muerte!  
estais con razon ufanos.  
Bien puede estar satisfecho  
el justo y terrible enojo!  
todo un imperio es despojo  
del valor de vuestro pecho.  
Ya podeis volver á España  
cruzando sin pena el mar,  
y á los vuestros, al contar  
tanta portentosa hazaña,  
decidles: «De nuestros pies  
coronas han sido alfombra.  
Vencido el Oriente, nombra  
con miedo al aragonés.  
Llorando queda, y mañana,  
aun despues de enjuto el llanto,  
recordará con espanto  
la *venganza catalana.*»

FIN DEL DRAMA.

---

*Habiendo examinado este drama, no hallo  
inconveniente en que su representacion sea au-  
torizada.*

*Madrid 17 de Noviembre de 1863.*

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.





## NOTAS.

1 E los Almugauers portauen vn panó ab lo senyal del senyor Rey Darago, e en la dauantera de la fila un panó del senyal del Rey Fraderich: e axi se ho emprengueren ells comfaeren omenatge al Megaduch. (En RAMON MUNTANER, Chronica, o descripcio dels fets e hazanyes del Inelyt Rey Don Jaume, Primer Rey Darago, de Mallorques e de Valencia: Compte de Barcelona e de Muntpesiler: e de molts de ses descendents. Capítulu CCIII.)

2 E com aquesta pau fo feyta, lo Magaduch dix al Emperador que donas paga a la companya, e Lemprador dix queu faria e feu batre moneda en manera de ducat Venecia, que val VIII diners Barceloneses cascu. E axi ell feu ne fer que hauen nom Vincilions e no valia tres diners la hu: e volch que correguessen per lo preu daquells qui valien VIII diners, e mana a cascu que prenguessen dels Grechs caual, o mul, o mula, o viandes, o altres coses que haguessen ops: e que pagassen aquella moneda. E aço feu per mal vici, ço es q̄ entras hoy e mala volentat entre los pobles e la host: que tantost que ell hach son enteniment de totes les guerres, volgra quels Franchs fossen tots morts, e fossen fora del Imperi.—MUNTANER, cap. CCX.

3 Xor Miqueli hach feit venir á Andrinopol Gircon cap dels Alans, e Milich cap dels Turcoples: axi que foren entre tots IX milia homens de caual. MUNTANER, cap. CXV.

4 E perço la muller del Cesar no passa ab ell al Natuli, com era prenyada... MUNTANER, cap. CCXIII.

5 Palabras casi textuales de Muntaner.

6 E puix per la ciutat mataren tots quants ab lo Cesar eren venguts, que non escaparen mas tres, que sen muntaren en vn campanar. E daquells tres la hu era en Ramon Alquer fill den Gilabert Alquer caballer de Cathalunya, nadiu de Castallo Dampuries: é laltre un fill de caualler de Cathalunya, per nom G. de Tous: e laltre Bñ de Roudor qui era de Llobregat. E aquests foren al campanar combatuts, e defensaren tant que fill del Emperador dix que pecat seria si murien: e axi assegura los, e aquests tantsolament ne escaparen. MUNTANER, cap. CXV.

7 Quedó entre los griegos hasta nuestros días por refran: «La venganza de catalanes te alcance.» (Expedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona, cap. XXXVII.)

8 Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro, y aquella misma noche se salió y se fué á Panfilo, y de allí á Didimoto... MONCADA, cap. XXXVI.

9 Levantaron un estandarte, antes de salir á pelear, con la imagen de San Pedro. MONCADA, capítulo XXXV.

## ERRATAS.

---

Pág. 95, línea 27. *Dice:* y soldado advenedizo! *Léase:* y soldado advenedizo,  
Pág. 124, línea 15. *Dice:* ensangrantada; *Léase:* ensangrentada;

ERRATAS

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10030246